EL SEÑOR GOBERNADOR

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

403:15

EL SEÑOR GOBERNADOR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Y

VITAL AZA

Estrenada en el TEATRO LARA el 15 de Noviembre de 1888

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1889

A Felipe Ducazcal

En la política lid,
y más valiente que el Cid,
tú vencerás, de seguro,
y en tí vemos un futuro
Gobernador de Madrid.
Si tal llega á sucederte
y ese alto puesto de honor
la suerte llega á ofrecerte,
¡Dios te dé la misma suerte
que á nuestro GOBERNADOR!

Miguel y Vital.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA VICENTA	Sra.	Valverde.
ANGUSTIAS	Srta.	Rodríguez.
DON JUAN	Sr.	Rossell.
ÁLVARO		Rubio.
SEÑOR GONZÁLEZ		Díaz.

GUARDIA 1.º	Sr.	Ruiz de Arana.
DON BENIGNO		
SASTRE		
EMPLEADO 1.º		Vallarino.
IDEM 2.º		Vives.
PORTERO		Tojedo.
GUARDIA 2.º		Ramírez.
EMPLEADO 3.º		Borda.
IDEM 4.º		Nortes.
IDEM 5.º		Ramírez.
IDEM 6.º		Salcedo.
ORDENANZA		Romero.

ACTO PRIMERO

Comedor modestísimo.—Puerta al foro y laterales. Al foro derecha mesita con platos, vasos, etc. Foro izquierda, cómoda.—A la izquierda mesa de comedor.—A la derecha brasero con alambrera.—Junto á éste un velador.—Sillas, etc.—Por derecha é izquierda, entiéndase las del actor.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se sienten dos fuertes campanillazos.—Al segundo se asoma DON JUAN por la primera puerta derecha. Luego ANGUSTIAS por la segunda izquierda

D. JUAN ¡Angustias! ¡Angustias!

ANG. Allá voy, papá, allá voy. (Dentro.)

D. JUAN Han llamado, sal á ver quién es. (Sale Angustias y se oye otro campanillazo.)

ANG. Cuando llaman de esa manera, de seguro es algún acreedor.

D. JUAN De seguro. ¡Y sin tu madre aquí, para que nos defienda!

ANG. ¿Qué hacemos?

D. JUAN Mira quién es, por el ventanillo, y dí que no hay nadie en casa. (Otro campanillazo.)

ANG. ¡Ay, Dios mío! ¡Cuándo saldremos de esta situación! (Vase por el foro.)

D. JUAN Al paso que vamos me parece que nunca. Mi cesantía va teniendo ya caracter crónico.

ANG. (Dentro.) No, señor; no está.

VOZ. (Dentro.) Todos los días me dice usted lo mismo. Ya estoy harto de ir y venir.

D. JUAN ¡La voz del zapatero! (Con terror y en voz apagadísima.)

VOZ. (Dentro.) Pues dígales usted que me pagan mañana toda la cuenta, ó les cito á juicio por tramposos.

ANG. Está bíen; yo se lo diré. (Dentro.)

VOZ. Y dígales usted además, que esto es ya no tener vergüenza. (Dentro.)

D. JUAN Tiene razón. Le debemos ocho pares de botas.

ANG. (Entrando.) Papá, era el zapatero.

D. JUAN Lo sé; le he oído.

ANG. ¡Ay! ¡Qué vergüenza me dan estas cosas!

D. JUAN Y á mí. Y dice ese hombre que no tenemos vergüenza... Lo que no tenemos es dinero.

ANG. Quisiera ser como mamá, que no se apura por nada.

D. JUAN Caractéres como el de tu madre se encuentran muy pocos. Es mujer de grandes recursos. Con decirte que hoy mismo se ha ido á la compra sin llevar un céntimo... Pero ella traerá algo, de seguro.

ANG. ¡Qué ganas tengo de que te coloquen!

D. JUAN Eso va para largo. (Se sienta al brasero.) Y si al menos te colocaras tú con una buena proporción; pero ¡quiá! Siempre has tenido desgracia para los novios.—Primero, aquel violín que tocaba en el café del Desengaño.

ANG. ¡Qué guapo era!

D. JUAN ¡Un pillo de tomo y lomo! Después, aquel estudiantillo de Derecho.

ANG. ¡También era muy guapo!

D. JUAN ¡Un granuja de siete suelas! Y ahora...

ANG. Ahora no tengo novio, papá.

D. JUAN Sí que lo tienes. ¿Piensas que para tu madre y para mí ha pasado inadvertido el interés con que el pintor te da esas lecciones de dibujo?

ANG. ¿Interés, y no nos cobra nada?

D. JUAN Precisamente por eso, porque te da las lecciones gratis... *et amore.*

ANG. ¡Papá!

D. JUAN ¡No te ruborices! Después de todo, eso es muy natural. Yo empecé mis relaciones con tu madre dándole lecciones de guitarra. Entonces estaba muy en uso.

ANG. Pues bien; sí. ¿Para qué ocultarlo? Alvaro me quiere y yo le quiero también. Este sí que es guapo, ¿verdad, papá?

D. JUAN No es feo.

ANG. Y con un gran porvenir.

D. JUAN Pero con un presente tan desdichado como el nuestro.

ANG. Porque el arte está perdido. Ya oyes lo que él dice.

D. JUAN Sí, eso lo está diciendo siempre; pero razón de más para que no me satisfagan esas relaciones. Porque, vamos á ver. ¿Qué te espera casándote con ese muchacho? (Levantándose.)

ANG. Y no casándome con él, ¿qué me espera, papá?

D. JUAN Dices bien. ¡Quién sabe la suerte que le está reservada!

ANG. Tal vez un primer premio en la primera Exposición que se celebre. El está decidido á presentar algo. Duda entre los tres bocetos que nos enseñó el otro día.

D. JUAN ¡Ah! ¡Sí! *Las bodas de Camacho*, *La cena de los Apóstoles* y *El festín de Baltasar*. Se conoce que tu novio no encuentra inspiración más que en las comidas.

ANG. Pues no será por lo mucho que come.

D. JUAN Tal vez por eso.

ANG. Precisamente ayer se quejaba conmigo del almuerzo que siempre le da la patrona: un huevo frito y una ensalada de lechuga.

D. JUAN ¡Infeliz! ¡Huevos fritos y lechuga! Por eso en sus cuadros abusa tanto del amarillo y del verde.

ESCENA II

DICHOS, DOÑA VICENTA, con manto y pañolón de invierno, debajo del que trae un talego ó pañuelo grande con lo que marcará el diálogo

D.ª VIC. Aquí me tenéis ya de vuelta.
ANG. ¡Ah, mamá!
D.ª VIC. ¿Ha ocurrido algo? ¿Ha venido alguien?
D. JUAN Sí, hija, sí. Ha venido el zapatero.
D.ª VIC. Ya lo sé.
D. JUAN ¿Lo sabes?
D.ª VIC. Al entrar me he encontrado con él.
D. JUAN ¡Dios mío! ¡Te habrá armado un escándalo!
D.ª VIC. ¿A mí? Parece que no me conoces. En el primer descansillo de la escalera me ha tomado medida para un par de zapatos de charol.
D. JUAN ¿Es posible?
D.ª VIC. Y se ha marchado convencidísimo de que le pagaremos el día menos pensado.
D. JUAN El día menos pensado tendrá que ser. ¡Qué mujer esta! ¡No hay dinero con qué pagarte!
D.ª VIC. Ni con qué pagar a los demás.
ANG. Lo que es mamá, tiene un talento para estas cosas...
D.ª VIC. ¿Que si lo tengo? ¡Vamos á ver! ¿Cuánto debemos al tendero de la esquina?
D. JUAN ¡Qué se yo! ¡Una barbaridad!
D.ª VIC. Pues aquí tenéis. (Sacándolo del talego y colocándolo sobre la mesa de comedor.) Un kilo de arroz, medio de azucar, un paquete de café, dos libras de chocolate, seis chorizos, medio queso manchego, dos latas de sardinas y un bote de pimientos de la Rioja.
D. JUAN ¡Estoy admirado!
D.ª VIC. ¿Cuánto le debemos al carnicero?
D. JUAN ¡Tampoco lo sé! ¡Siete ú ocho vacas!
D.ª VIC. Pues aquí tenéis: cuatro chuletas de ternera y dos libras de solomillo.
D. JUAN ¡Solomillo! ¡No vuelvo de mi asombro!
D.ª VIC. Ya tenemos segura la comida para unos

cuantos días. Anda, anda, coge esa carne y llévatela allá dentro. (A Angustias.)

ANG. (¡Con qué gusto se comería Alvaro una de estas chuletas!) (Vase por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA III

DOÑA VICENTA y DON JUAN

D. JUAN No, no te quites la mantilla, Vicenta.

D.ª VIC. ¿Pues?

D. JUAN Es necesario que salgas otra vez.

D.ª VIC. ¿A dónde?

D. JUAN Tú tienes un caracter envidiable, pero una memoria muy desdichada.

D.ª VIC. ¿Eh?

D. JUAN ¿Qué fecha es mañana?

D.ª VIC. Treinta. ¡Ah, vamos! ¿Quieres recordarme que vendrá el casero?

D. JUAN ¡No! ¡Vendrá otro más temible!

D.ª VIC. ¿Más temible que el casero? ¿Quién?

D. JUAN ¡Don Aquilino!

D.ª VIC. Es verdad. ¿Vence mañana el pagaré?

D. JUAN Mañana vence.

D.ª VIC. ¿Y qué vamos á hacer?

D. JUAN No nos queda más que un recurso.

D.ª VIC. ¿Cuál?

D. JUAN Que vayas á ver á ese señor, y que con tu habilidad y tu diplomacia logres aplacarle.

D.ª VIC. ¡No, hijo, no! (Acaba de quitarse la mantilla.) Mándame convencer al panadero, al carbonero, al tendero y hasta al casero; pero lo que es al usurero... á ese no se le convence más que con dinero.

D. JUAN Entonces...

D.ª VIC. ¡Vé tú!

D. JUAN ¿Pero, qué le digo?

D.ª VIC. ¡La verdad! Que estás esperando que te coloquen de un momento á otro. ¿No te dijo el Sr. de Urrutia que te ha recomendado eficazmente al ministro?

D. JUAN Sí, señor; y que el ministro le contestó que

haría por mí todo lo que pudiera, que estuviese tranquilo, que muy pronto me mandaría una credencial.

D.ª VIC. Pues ya ves. ¡No sé por qué te apuras, cuando hasta el señor ministro dice que debes estar tranquilo!

D. JUAN Porque yo no me hago las ilusiones que tú. ¡Cuántas veces hemos tenido un empleo en la mano y se nós ha escapado por arte del demonio!

D.ª VIC. Es que otras veces no te recomendaron personas tan influyentes como el Sr. Urrutia.

D. JUAN ¡Eso sí! Influyente sí que lo es. Figúrate que al portero de su casa, que es un ignorante, lo ha metido en la Carcel Modelo...

D.ª VIC. ¡Pues vaya una protección!

D. JUAN Con un destino de ocho mil reales.

D.ª VIC. ¡Ah!

D. JUAN Y si eso hizo por un simple portero, me parece que tratándose de una persona como yo, un funcionario antiguo...

D.ª VIC. Antiguo sí que lo eres.

D. JUAN Veinte años de servicios.

D.ª VIC. Por eso debes confiar en su palabra.

D. JUAN El Sr. Urrutia me dijo anteayer en la estación al despedirse para Barcelona:—«Amigo González, tenga usted por seguro que le proporcionaré un buen destino, que se le empleará con ascenso.»

D.ª VIC. ¿Qué sueldo tenías la última vez?

D. JUAN Doce mil reales.

D.ª VIC. ¡Sí! ¡Cuarenta y cinco duros todos los meses! ¡Qué tiempos aquellos!... Pero no perdamos el tiempo. Vete á casa de don Aquilino.

D. JUAN Pero...

D.ª VIC. Hijo mío, no hay más remedio. Estas situaciones deben afrontarse con valor.

D. JUAN ¡Sí, valor se necesita para estas situaciones! En fin, ¡qué le hemos de hacer! ¡Vamos allá! (Poniéndose la capa, que estará sobre una silla del foro.)

D.ª VIC. Y no tardes en volver. A las doce en punto almorzaremos, en cuanto la niña dé la lección de dibujo.

D. JUAN No tardaré, descuida.

D.ª VIC. Oye; y á propósito del pintor, ¿cuándo piensas hacerle alguna indicación respecto á sus relaciones con la niña? El no nos ha dicho nada todavía.

D. JUAN ¡Ni falta! Deja correr el tiempo.

D.ª VIC. Pues yo creo que no estamos en el caso de desechar esa proporción que se presenta á nuestra hija.

D. JUAN ¡Proporción! ¡Proporción!

D.ª VIC. ¡Un joven de talento! ¡Un artista notable!...

D. JUAN Será todo lo notable que quieras, pero no gana dos pesetas. No hay más que ver cómo anda de ropa Lleva un chaquet imposible.

D.ª VIC. ¡Mira en lo que has ido á fijarte! ¡Valiente chaquet llevaría Murillo cuando empezaba su carrera! Dí que á tí Alvaro no te ha entrado por el ojo derecho.

D. JUAN No es eso, mujer; pero antes de decidirnos á autorizar esas relaciones, es necesario que averigüemos si es digno de la mano de nuestra hija, para lo cual ya he tomado mis medidas.

D.ª VIC. ¿Qué has hecho? Alguna simpleza.

D. JUAN No, señor. Como él está siempre diciendo que en Sevilla pintaba tanto y cuanto, y que allí le conoce todo el mundo, escribí hace unos días á mi primo Frasquito, rogándole que averiguase los antecedentes de ese joven, y espero la contestación, que ¡ojalá sea satisfactoria!

D.ª VIC. No me parece mal.

D. JUAN Por eso te digo que no debemos precipitarnos. (Campanillazo.)

D.ª VIC. ¡Llaman! ¿Será él?

D. JUAN Voy á abrir. No. Puede que sea algún acreedor; conviene que salgas tú.

D.ª VIC. Bueno, hombre, bueno. ¡Qué caracter tan apocado! (Vase por el foro.)

D. JUAN Muy apocado, mucho; yo mismo lo reconozco. (Cepillando el sombrero.) ¡Canario, cómo está este sombrerito! Lo mismo da ya cepillarlo al revés que al derecho.

D.ª VIC. ¡Don Alvarito! (Dentro.)
ALV. ¡Señora!
D.ª VIC. Adelante, adelante.

ESCENA IV

DICHOS y ALVARO (1)

ALV. Señor don Juan, muy buenos días.
D. JUAN Hola, pollo. ¿Qué tal?
ALV. Regular, nada más que regular.
D. JUAN ¿Qué es eso? ¿Está usted malo? El frío tal vez...
ALV. No; es que acabo de tener un disgusto...
D.ª VIC. ¡Caramba!
ALV. Sí; he reñido con la patrona y me he despedido para no volver.
D. JUAN (Este no la pagaba.)
ALV. Y como ustedes comprenden, estas cuestiones siempre molestan.
D.ª VIC. Claro...
ALV. Tener que buscar ahora otra habitación...
D.ª VIC. Hombre, abajo en el principal hay una casa de huéspedes muy buena, según dicen. Están de pupilos una porción de personajes: diputados, senadores...
D. JUAN Sí, pero será demasiado cara para un artista.
ALV. Eso sería lo de menos; pero los cuartos principales son obscuros, y yo necesito luz, mucha luz.
D.ª VIC. Es natural, para pintar...
ALV. Cuánto echo de menos mi estudio de Sevilla. ¡Qué panorama aquel! ¡Oh! ¡Qué panorama! (Con entonación altisonante.) El Guadalquivir á mis pies, como un espejo de plata bruñida; la Torre del Oro en la orilla opuesta; detrás el palacio de San Telmo, cuyos espesos naranjales embalsaman el aire con efluvios aromáticos; á mi espalda el barrio de Triana con su caracter alegre y gitanesco, y allá, levantándose á lo lejos, la esbelta

(1) Derecha del actor: Doña Vicenta.—Don Juan.—Alvaro.

y árabe Giralda, que parece tocar al cielo con la aguzada punta de su veleta.

D.ª VIC. (¿Eh, qué tal?) (Aparte á don Juan.)

D. JUAN (Artista sí lo es.)

ALV. Aquí no hay nada de eso.

D. JUAN ¿Qué ha de haber, hombre? Aquí no hay nada, créame usted á mí, nada.

ALV. ¡Pero usted está con el sombrero en la mano! Si iba usted á salir, por mí no se detenga.

D. JUAN No, si no tengo prisa.

D.ª VIC. Sí la tienes, el señor es de confianza. Anda, vete á ver á ese... caballero. Toma el llavín, que estoy ya aburrida de tanto abrir la puerta.

D. JUAN Bueno, mujer, bueno. (Poniéndose la capa y el sombrero.) Vamos allá. Hasta luego, don Alvarito.

ALV. Vaya usté con Dios.

D. JUAN (¿Qué le diré yo á don Aquilino? ¿Qué le diré yo? (Vase.)

ESCENA V

DOÑA VICENTA, ALVARO y después ANGUSTIAS

ALV. ¡Pero qué buena persona es su esposo de usted!

D.ª VIC. Gracias.

ALV. Y usted también. Y de Angustias no hablemos. Son ustedes una familia encantadora.

D.ª VIC. Es usted muy amable.

ALV. ¡Ah, señora! Los que como yo se encuentran aislados en el mundo, aprecian en todo lo que vale el calor de la familia, el calor del hogar, el calor... (Restregándose las manos.) ¡Porque mire usted que hace frío en este Madrid! (Sentándose al brasero.)

D.ª VIC. Efectivamente; y luego, como siempre va usted así. Yo no sé por qué anda usted á cuerpo...

ALV. Yo tampoco lo sé, pero es la costumbre. Ya estoy acostumbrado.

D.ª VIC. Echaré una firmita. (Arreglando el brasero y sentándose.)

ALV. Rubrique usted todo lo que quiera.

D.ª VIC. Y vamos á ver, don Alvarito, ahora que no está aquí la niña, hábleme usted con toda franqueza. ¿Tiene, en efecto, disposición para el dibujo? (1)

ALV. ¡Ah, señora, extraordinaria! Usted misma puede apreciarlo.

D.ª VIC. Yo no entiendo de eso. Sin embargo, comprendo que adelanta. Anoche ví lo que estaba dibujando: un pliego lleno de besugos...

ALV. ¿Cómo besugos, señora? Si son ojos.

D.ª VIC. ¡Ah, ya! Ojos de besugo.

ALV. No, ojos tomados del yeso, sin pupila...

D.ª VIC. ¡Vamos! Sí.

ALV. ¡Adelanta la niña, vaya si adelanta! Como que hoy la pasaré á narices.

ANG. ¿De veras? (Presentándose después de haber escuchado lo anterior desde la puerta.)

ALV. ¡Ah, que nos estaba oyendo! (Se levanta.) (2)

ANG. ¿De veras va usted á pasarme á otra cosa? Yo lo que estoy deseando es hacer extremos ..

D.ª VIC. ¡Niña, por Dios!...

ANG. Mamá, si los extremos son los piés y las manos.

D.ª VIC. ¡Ah! ¿Ve usted cómo yo no entiendo una palabra de dibujo?

ALV. ¿Y cómo va, apreciable discípula? (¡Estrella mía!)

ANG. Bien, muchas gracias. (¡Tunante!) ¿Quiere usted que empecemos la lección?

ALV. Cuando usted guste. Aquí traigo á usted lápices franceses del número 2.

D.ª VIC. Con permiso de usted voy á quitar esto (3).

ALV. (Al acercarse á la mesa-camilla para dar la lección, Doña Vicenta alza la servilleta ó pañuelo que cubre las viandas, para llevarse estas.) (¡Caracoles!) ¡Señora!... ¡Deténgase usted!

---

(1) Doña Vicenta.—Alvaro.

(2) Doña Vicenta.—Alvaro.—Angustias.

(3) Alvaro.—Doña Vicenta.—Angustias.

D.ª Vic. ¡Cómo!

Alv. ¡Qué chorizos! ¡Qué tono de color! ¡Y qué frescura la de ese queso! ¡Qué bien resultan esas latas! Eso es precioso. No lo toque usted, no lo toque usted. Los artistas debemos aprovechar estos momentos de inspiración. Yo necesito algo de eso para llevármelo al estudio.

D.ª Vic. ¿Cómo?

Alv. Precisamente me han encargado con urgencia un cuadro de este género y aquí hay elementos para hacer uno de primer orden. (Cogiendo lo que indica.) Si usted me permite...

D.ª Vic. Bueno, pinte usted lo que quiera.

Alv. Con poco me basta. Un chorizo, no, dos chorizos. Hacen mejor. (Los coloca como componiendo un cuadro sobre el velador.) La lata de sardinas...

D.ª Vic. ¿Quiere usted esta lata de pimientos?

Alv. No, no me sientan bien.

D.ª Vic. ¿Eh?

Alv. Que... no sienta bien esa forma cilíndrica; es preferible la plana...

D.ª Vic. Como usted guste.

Alv. Perfectamente. Ahora aquí, sobre la lata, ese trozo de queso.

D.ª Vic. Lo que usted necesite.

Alv. ¡Muy bien! (Probando el queso.) Riquísimo... riquísimo de color. Esto, con una botella de vino y una libreta, es un almuerzo... digo, un cuadro precioso. Me lo llevo, me lo llevo.

D.ª Vic. ¿Eh?

Alv. Estas cosas así, en caliente. (Envolviéndolo todo en un periódico que saca del bolsillo.) Ahora mismo me voy al estudio. Tengo verdaderos deseos de pintar.

D.ª Vic. (Aparte y en voz muy baja á Angustias.) (Lo que tiene tu novio es un hambre horrorosa.)

Ang. (Bien puede ser. ¿Por qué no le convidas á almorzar?)

Alv. (¡Delicioso!)

D.ª Vic. (Tienes razón. Precisamente hoy ha reñido con la patrona...)

Ang. (¿Sí?)

D.ª Vic. (Y de esta manera corresponderemos á las atenciones que tiene con nosotros.)

Alv. (Exquisito.) (Saboreando el queso.) ¡Exquisito!

D.ª Vic. Oiga usted, don Alvaro.

Alv. Señora...

D.ª Vic. Si ese cuadro no le urgiera á usted tanto...

Alv. Mucho, señora, mucho.

D.ª Vic. Podía usted dispensarnos un favor.

Alv. ¿Cuál?

D.ª Vic. Quedarse á almorzar con nosotros.

Alv. ¿A... á almorzar? ¿Ha dicho usted almorzar?

Ang. Sí, señor. Tendríamos sumo gusto en que usted nos acompañase...

D.ª Vic. Hoy podemos ofrecerle un buen almuerzo.

Ang. Hay unas chuletas de ternera riquísimas.

D.ª Vic. Y tenemos además un gran solomillo.

Alv. ¿Solo... millo? Sólo por el solomillo me quedaría. Mucho más proporcionándome el placer de almorzar con ustedes. Decididamente, que espere el bodegón. (Dejando sobre el velador los comestibles.)

D.ª Vic. ¡Ah! ¡Pero iba usted á almorzar á un bodegón!

Alv. ¡Señora! Bodegón se llama el cuádro compuesto de comestibles.

Ang. Sí, mamá.

D.ª Vic. ¡Ay! No lo sabía, usted dispense.

Alv. No hay de qué.

D.ª Vic. Haremos un arroz á la valenciana. ¿A usted le gusta?

Alv. A mí me gusta el arroz al estilo de todas las provincias de España é islas adyacentes.

D.ª Vic. Pues anda á prepararlo todo, niña. Dejen ustedes la lección para más tarde. Usted nos dispensará. Vamos á la cocina.

Alv. Vayan ustedes, vayan ustedes. Entretanto yo esperaré tomando aquí unos apuntes... (y un bocadillo.)

Ang. (Hasta luego, amor mío.)

Alv. (Hasta después, vida mía.)

Ang. (Almorzar á su lado... y con solomillo. Hoy soy completamente feliz.)

ESCENA VI

ALVARO, solo.

Lástima que esta familia no tenga dinero. Sería un filón muy explotable. Verdad es que si fueran ricos no consentirían que hiciese yo el amor á la muchacha. Y la chica me gusta, sí señor que me gusta. Y también este queso manchego. La Mancha ha producido dos cosas notables: Don Quijote y el queso.

ESCENA VII

DICHO, DON JUAN

D. JUAN ¡Don Alvarito! ¡Don Alvarito! (Jadeante y muy emocionado.)

ALV. ¡Don Juan! ¿Está usted ya de vuelta?

D. JUAN Sí, señor, sí. De lo que no he vuelto todavía es de mi asombro. ¡Ay, don Alvarito!

ALV. ¿Qué es eso? ¡Se pone usted malo!

D. JUAN No, señor. Abráceme usted.

ALV. Con mucho gusto.

D. JUAN ¿Dónde están Vicenta y Angustias?

ALV. En la cocina.

D. JUAN Hay que prepararlas.

ALV. ¿Para qué? ¿Sucede alguna desgracia?

D. JUAN Al contrario. Una felicidad inesperada.

ALV. ¿Le ha tocado á usted la lotería?

D. JUAN Mejor que eso.

ALV. ¡Mejor queso que éste! ¡Imposible!

D. JUAN No, señor. ¡Si es que me han dado un gran destino!

ALV. ¿De veras?

D. JUAN Aquí tengo la credencial. Lea usted, lea usted. (Mientras lee entre dientes Alvaro, deja la capa sobre una silla y el sombrero sobre el velador.) Yo no esperaba tanto, la verdad. Con mucho menos me hubiera contentado. ¡Qué sorpresa van á tener!

ALV. «Nombrar á usted Gobernador civil de la provincia de...»

D. JUAN ¡Vicenta! ¡Angustias! Venid acá.

ALV. ¡Gobernador de provincia! Sí, no hay duda.

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA VICENTA y ANGUSTIAS.—La primera con los brazos arremangados y un mandilón de cocina.

D. JUAN ¡Esposa! ¡Hija mía!

D.ª VIC. ¿Qué es eso?

ANG. ¿Qué sucede?

D.ª VIC. ¿Qué pasa? (1)

D. JUAN No os asustéis, no os asustéis. Es una buena noticia.

D.ª VIC. ¿Qué? ¡Acaso don Aquilino!...

D. JUAN ¡Qué don Aquilino, ni qué demonios! Ya no necesitamos prestamistas. ¡Ya tenemos una posición independiente!

ALV. ¡Brillante!

D. JUAN ¡Holgadísima!

D.ª VIC. ¿Pero qué dicen ustedes?

D. JUAN ¡La verdad! ¡Entérate de eso! (Dándole la credencial, que recogerá de manos de Alvaro.)

ALV. ¡Lea usted, señora! ¡Lea usted!

D.ª VIC. ¡Una credencial! (Leyendo.)

D. JUAN ¡Pero qué credencial! ¡Bendito sea el señor de Urrutia! ¡Esto se llama proteger á una persona!

D.ª VIC. (Leyendo.) «Gobernador de la provincia de...»

D. JUAN (Abrazándola.) ¡Esposa de mi alma!

D.ª VIC. ¡Ay! Yo no sé lo que me sucede... ¡Tú Gobernador, yo Gobernadora! (Quitándose rápidamente el delantal y bajándose las mangas del vestido.)

ANG. ¡Pero es de veras!...

D.ª VIC. Sí, hija mía, lee... (Dándole la credencial.) ¡Ahí está bien claro!... ¿Pero cómo ha sido esto? (Á don Juan.)

ANG. ¡Gobernador de provincia!

D.ª VIC. ¿Cuándo han traído esta credencial?

---

(1) Alvaro.—Don Juan.—Doña Vicenta.—Angustias.

D. JUAN Verás, verás cómo ha sido.—Estaba yo en el portal, dudando, la verdad, si ir ó no á casa de D. Aquilino, porque ya conoces mi carácter, cuando entra un portero del ministerio, muy galoneado y muy simpático, y dirigiéndose á mí, me preguntó: ¿Sabe usted en qué piso vive el Señor Don Juan González y Pérez? Servidor de usted, le respondí algo emocionado. Pues aquí le traigo este pliego urgente de Gobernación. Me saludó con mucha cortesía, y se marchó. Yo, cada vez más conmovido, rasgué el sobre, leí la credencial, me quedé atónito, volví á leerla no sé cuantas veces, y apenas me convencí de la realidad, eché á correr por la escalera arriba agarrándome al pasamanos, porque me flaqueaban las piernas.

D.ª VIC. ¡Qué felicidad tan inesperada!...

ANG. ¡Gracias á Dios que vamos á salir de apuros!

D. JUAN ¡Dices bien, hija mia! Porque estábamos muy apurados.

D.ª VIC. ¡Mucho, Don Alvarito, mucho! Usted ya lo habría comprendido. (A Alvaro.)

ALV. Señora... yo...

D. JUAN ¡Sí, hombre, sí! ¡No hay por qué ocultarlo! Esto no debe avergonzar á nadie.

ALV. ¿Qué ha de avergonzar? ¡Todo lo contrario!

D.ª VIC. ¡Pues, sí señor! ¡Estábamos hasta aquí! (El cuello.)

D. JUAN ¿Hasta aquí? ¡Mucho más arriba! ¡Hasta aquí! (Tapándose los ojos con la mano.)

D.ª VIC. Y vamos, á ver. ¿Qué piensas hacer ahora?

D. JUAN Pues, primero, ir á Gobernación, presentarme al ministro, darle las gracias, ponerme á sus órdenes y preguntarle qué es lo que debo hacer, porque yo no lo sé; como nunca me he visto en este caso... Si estuviera en Madrid el Sr. Urrutia, ¡que Dios le bendiga!

D.ª VIC. ¡Amén!

D. JUAN El me acompañaría al ministerio; pero puesto que no está, me presentaré solo. Me parece que esto es lo primero que debo hacer.

D.ª VIC. ¡Naturalmente! Y cuanto antes mejor.

D. JUAN ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo!

D.ª VIC. ¿Pero, vas á ir así?

D. JUAN ¡Tienes razón! No estoy vestido de una manera digna.

D.ª VIC. Niña, saca un cuello y unos puños postizos. (Angustias saca de la cómoda lo que el diálogo indique.)

D. JUAN Y la corbata negra.

D.ª VIC. Y el chaleco negro.

D. JUAN Y la levita negra.

D.ª VIC. (Bajo á Don Juan.) ¡Esa está empeñada!

D. JUAN (Entonces...) No la saques.

D.ª VIC. ¡Ya se sacará! ¡Ya se sacará todo! Supongo que no llevarás ese pantalón.

D. JUAN (Como no quieras que vaya en calzoncillos. No tengo otro.)

D.ª VIC. (Es verdad, hombre, es verdad.)

D. JUAN (Quitándose el chaquet y el chaleco de color.) Toma, cepilla bien este chaquét. (A Vicenta.)

ALV. Traiga usted acá.

D. JUAN Por Dios, va usted á molestarse.

ALV. Lo hago con mucho gusto. No hay otro como yo para la conservación de la ropa. (Cepillando el chaquét de Don Juan.)

D. JUAN ¡Ya! ¡Ya lo habíamos notado!

ALV. La necesidad aguza el entendimiento.

D. JUAN Sí, señor; pero no saca pelo á las ropas muy usadas (1).

D.ª VIC. Ven acá, yo te haré el lazo de la corbata.

D. JUAN ¡Ay, Vicentita de mi vida! ¡Qué dichosos vamos á ser!

D.ª VIC. ¡Bien te decía yo que no desconfiaras! Dios aprieta, pero no ahoga.

D. JUAN ¡Tú sí que aprietas, hija! Tú sí que aprietas.

D.ª VIC. Dispénsame, estoy tan nerviosa.

ALV. Ya está el chaquét que parece otro. (Dándosele á Don Juan.)

D. JUAN Muchas gracias. No está mal, no está mal, si no tuviera los codos tan raídos.

ALV. ¡Ah! ¡Es una lástima que no tenga yo aquí el tubito del negro humo! Con dos pinceladas, le quedaba á usted la prenda flamante.

---

(1) Alvaro.—Angustias.—Don Juan.—Doña Vicenta.

D.ª VIC. ¡Lo que no se les ocurre á estos artistas!

ALV. (Aparte á Angustias.) Lucero mío. ¿Me despreciarás ahora que eres la hija de un alto funcionario?

ANG. (¡Nunca! ¡Nunca! ¡Te querré más cada día!)

D. JUAN ¡Ajajá! Me parece que estoy bastante decente. ¿Verdad? (A Doña Vicenta.)

D.ª VIC. ¿Qué se yo, Juan? No sé qué decirte. Ese chaquét y ese pantalón no acaban de convencerme... Si tuvieras un gabán largo, muy largo, que pudiera cubrir todo eso...

D. JUAN ¡Si tuviera un gabán! ¡Claro!

D.ª VIC. ¡Claro ú obscuro! ¡Como fuera! (De pronto.) ¡Cállate! Tengo una idea.

D. JUAN ¿Cuál?

D.ª VIC. Don Alvarito, delante de usted ya no hay para qué andar con reservas.

ALV. Gracias por esa confianza.

D. JUAN ¿Qué es lo que piensas? (1).

D.ª VIC. El otro día, cuando fuí á llevar tu relój á la casa de préstamos de ahí cerca, de la calle de la Paz...

ALV. ¡45, entresuelo! Muy buena casa. ¡La conozco!

D.ª VIC. Ví entre las prendas de caballero puestas á la venta un gabán de pieles magnífico, y muy barato.

D. JUAN Bueno, ¿y qué?

D.ª VIC. Que eso es lo que te hace falta para presentarte con dignidad al ministro.

D. JUAN Es verdad, pero...

D.ª VIC. ¡Créemelo! Un gobernador de invierno sin gabán de pieles no tiene autoridad ni nada.

D. JUAN Conforme, pero...

D.ª VIC. Y te lo vas á comprar ahora mismo.

D. JUAN ¿Con qué dinero?

D.ª VIC. ¡Con papel! (Se dirige á la cómoda.)

D. JUAN ¿Pero, tenías algún billete y no me lo decías?

D.ª VIC. Eres un infelíz, no se te ocurre nada. Aquí tenemos varias papeletas de la misma casa de préstamos.

D. JUAN ¿Y qué?

D.ª VIC. Con lo que den por ellas, y empeñando ade-

---

(1) Angustias.—Álvaro.—Don Juan.—Doña Vicenta.

más tu capa, se reunirá lo necesario para el gabán.

ALV. Es una buena idea.

D.ª VIC. Porque esta capa está muy buena todavía. ¿Verdad, Don Alvarito? Bien pueden dar por ella cinco ó seis duros (1).

ALV. (Mirándola al trasluz.) (Cincuenta reales. Ni un céntimo más.)

D.ª VIC. Pues, anda, anda; no perdamos el tiempo.

D. JUAN Pero, mujer, ¿no sabes que yo no sirvo para ciertas cosas y que cuando es necesario apelar á estos recursos vas siempre tú?...

D.ª VIC. Está bien, iré yo contigo. Angustias, dame esa mantilla.

D. JUAN (¿Vas á dejar sola á la niña con Don Alvarito?)

D.ª VIC. (Tienes razón.) Angustias, vente con nosotros. En seguida estamos de vuelta. Si quiere usted esperarnos...

ALV. Sí, sí, yo aquí me quedo esperándoles á ustedes para almorzar (A esta gente, con las glorias se le van las memorias.)

D. JUAN Niña, trae unas tarjetas mías que hay en el cajón de la mesa de noche. (Angustias vase por la primera puerta derecha y sale luego.) Debo llevarlas para que me anuncien al ministro. ¡Ah! ¿Y guantes? No los tengo.

D.ª VIC. Lleva estos míos; no necesitas ponértelos. Toma. Los coges así, hechos un manojito, y accionas con ellos; eso acompaña mucho.

ANG. Aquí están las tarjetas, papá.

D. JUAN Trae. ¡Vaya! No me sirven. Tienen otras señas. Son todavía las que me hice cuando vivíamos en la calle de la Berengena.

ALV. Traiga usted. Yo rasparé la Berengena. (Con un cortaplumas que saca del bolsillo.)

D. JUAN ¡Caramba con el sombrerito! Este sí que no es digno de un gobernador electo (2).

D.ª VIC. Eso es una tontería, porque no te has de presentar al ministro con el sombrero puesto.

D. JUAN Tienes razón. Me lo colocaré á la espalda,

---

(1) Angustias.—Alvaro.—Doña Vicenta.—Don Juan.

(2) Angustias.—Álvaro.—Don Juan.—Doña Vicenta.

así, con cierto disimulo... «¡Excelentísimo señor!» (Saludando con mucha cortesía.)

ALV. Ahí tiene usted la tarjeta. (Dándosela.) No se conoce la raspadura.

D. JUAN ¡Perfectamente! ¡Vamos en busca del gabán! Hasta luego, Alvarito.

ALV. ¡Adiós, señor Gobernador!

D.ª VIC. Hasta después.

ALV. ¡Vayan ustedes con Dios!

ANG. (A mí, apéame el tratamiento.)(Aparte á Alvaro.)

ALV. ¡Adiós, sol de mi vida! ¡Lucero! ¡Estrella! ¡Osita menor! (Vanse los tres.)

ESCENA IX

ALVARO, solo.—Coge un pedazo de pan y lo come con queso, sentándose al brasero

Pues, señor, estoy asombrado. No creí nunca que este buen señor pudiera ocupar una posición tan importante. ¡Gobernador de provincia! (Distraído mete el pie en la ceniza.) ¡Es una friolera! Esto prueba que su protector es una persona de gran influencia. Y quién sabe si podré yo aprovecharla en beneficio propio. Ya me consideran como de la familia, y lo que no se me había ocurrido jamás, que era casarme con Angustias, podría ser ahora una solución para todas mis angustias. ¡Sí, señor! La muchacha puede llegar á ser un gran partido... ¡Caracoles! ¡Huele á chamusquina! (Mirándose el pantalón.) Habrán dejado el arroz puesto á la lumbre. ¡Lástima de paella! ¡Procuraré salvarla! (Dirigiéndose á la segunda izquierda. Llaman.) ¿Quién será? Voy á ver. (Sale y vuelve á entrar inmediatamente, precedido del Sr. González.)

ESCENA X

ÁLVARO y el SEÑOR GONZÁLEZ

ALV. (Dentro.) No está, pero si quiere usted esperarle, no tardará en volver.

SR. GON. Bueno; pasaré. (Entrando.)

ALV. Tome usted asiento. (Se sientan al brasero.) (1).

SR. GON. Gracias. ¿Usted es de la familia?

ALV. Como si lo fuera.

SR. GON. En ese caso, va usted á hacerme un favor.

ALV. Usted dirá.

SR. GON. Gracias. Yo salgo esta misma tarde para Toledo y deseaba entregar antes esta carta al Sr. González. Si usted quiere tomarse esa molestia...

ALV. Con mucho gusto. (La toma y la pone sobre el velador.)

SR. GON. Gracias. El cartero la dejó abajo en el principal, donde tiene usted su casa.

ALV. (¡Ojalá!) Gracias.

SR. GON. Y como el inquilino de este cuarto y yo tenemos el mismo nombre é iguales apellidos, la he abierto creyendo que era para mí.

ALV. No tiene nada de particular.

SR. GON. Un compañero de hospedaje me ha dicho después que vivía aquí otro señor González y Pérez, lo cual yo ignoraba, y he creido un deber el subir la carta yo mismo para suplicarle que me dispense el que me haya enterado de asuntos particulares que no me conciernen.

ALV. Don Juan agradecerá mucho que usted se haya molestado en subir.

SR. GON. Estos son los riesgos á que estamos expuestos los que llevamos nombres y apellidos tan vulgares.

ALV. ¡Es claro! Eso no se puede evitar.

SR. GON. ¡Hay tantos González!

ALV. ¡Y tantos Pérez!

SR. GON. ¡Y tantos Juanes!

ALV. ¡Ah, sobre todo Juanes!

SR. GON. Pues, nada. Hágame el obsequio de entregar esa carta en seguida, pues, por lo visto, se trata en ella de asuntos de verdadero interés (2).

ALV. ¡Vaya usted descuidado!

---

(1) Alvaro.—González.

(2) González.—Álvaro.

SR. GON. Servidor de usted. Excuso ya decirle mi nombre. Abajo en el principal, y en el Congreso de los diputados...

ALV. (¡Eh!)

SR. GON. Me tiene usted á sus órdenes.

ALV. ¿Es usted diputado?

SR. GON. Sí, señor.

ALV. (¡Qué sospecha!) Perdone usted una pregunta. ¿Está usted indicado tal vez para algún cargo?... Me parece que he leído...

SR. GON. Sí, señor; el ministro tiene empeño en que vaya de gobernador á una provincia...

ALV. (¡Ay, Dios mío de mi alma!)

SR. GON. Pero yo me resisto con todas mis fuerzas, porque me basta para vivir atareado con la representación de mis electores.

ALV. (¡Pobrecito Don Juan!)

SR. GON. Con que, repito...

ALV. Gracias, servidor de usted.

SR. GON. No se moleste.

ALV. Beso á usted... beso á usted... la mano. (Vase González.) Cúbrase usted. ¡Adiós!

ESCENA XI

ALVARO, solo

¡Adiós mis ilusiones! Este es el verdadero gobernador. Aquí ha ocurrido una equivocación lamentable.—¡Ya decía yo! ¡Gobernador Don Juan! ¡Si era imposible! (Se sienta al brasero.)—¡Qué desencanto va á tener cuando lo sepa! Y ahora se lo dirán en el ministerio. De seguro le echan de allí con cajas destempladas. Ya se contentaría él con un destinillo de poco más ó menos .. Aunque... ¿quién sabe?—Ese señor ha dicho que en esta carta le hablan de asuntos de verdadero interés. Acaso otra credencial más modesta... Lo veré; la carta está abierta y si trae una buena noticia borraré con ella, en parte, la mala impresión del desengaño que van á tener.—¡Pobre gente!—(Leyendo.)

«Sevilla.»—¡Hombre! ¡Es de Sevilla! ¿A quién conocerá allí Don Juan?—«Mi querido »primo.»- Es de un primo.—«Contestando »á la tuya en que me pides informes acerca »de Don...»—¿Eh?—«De Don Alvaro Pache- »co y Morales...»—¡De mí! (Levantándose.) ¡Ha pedido informes de mí!—«Debo decirte que, »según todas las noticias que he adquirido, »el tal sugeto...»—¡Malo! Me llama sugeto... y tal.—«Es, en efecto, un pintor de Histo- »ria...»-Gracias.-«Pero de mucha historia.» —No hay de qué.—«De aquí salió dejando »infinidad de trampas.»—Cierto, no me calumnia.—«Y creo muy difícil que vuelva »por acá.»—Pero muy difícil.—«Porque hay »muchas personas que le harían pagar...»— Esto sí que es difícil.—«Pagar muy caro su »mal proceder y su falta de vergüenza.»— Gracias. ¡Y qué claro escribe este caballero! —«Recuerdos á Vicenta y Angustias y tú »sabes que te quiere tu primo, *Frasquito.*»— ¡Vaya! Este es un Frasquito que se ha destapado.—¡Al momento le entrego yo esta carta á Don Juan! Felizmente ese caballero dice que se marcha hoy mismo de Madrid y cuando vuelva ya no se acordará de semejante carta.—¡Nada, nada, se ha extraviado! (Guardándosela en el bolsillo.) ¡Este servicio de Correos es una cosa perdida! (Campanillazo.) ¡Ah! ¡Ya están ahí! (Sale y vuelve con Doña Vicenta y Angustias.) Pues, señor, se van á llevar el gran disgusto.

ESCENA XII

ALVARO, DOÑA VICENTA y ANGUSTIAS

D.ª Vic. Me parece que no hemos tardado ¿eh?

Alv. No, no han tardado ustedes. (Entrando.)

D.ª Vic. ¿Ha venido alguien?

Alv. No, señora; nadie. (Se sienta muy meditabundo.)

D.ª Vic. Todo se arregló como yo decía, y á Juan lo dejamos á la puerta del ministerio, más contento que unas pascuas. (Quitándose la mantilla.)

ALV. (Como ropa de pascua van á ponerle al pobrecito.)

D.ª VIC. En tanto que vuelve, prepararemos el almuerzo. No parece sino que la Providencia nos ha iluminado al invitar á usted para que nos acompañe. Hoy es un día de verdadera felicidad para todos nosotros.

ALV. (Cualquiera le dice á esta señora que no hay nada de lo dicho.)

ANG. Mamá, ¿quieres que saque el mantel y las servilletas?

D.ª VIC. No, hija mía; yo las sacaré. Tú ve á la cocina á ver cómo anda aquello. (Saca de la cómoda el mantel y las servilletas.)

ALV. (No hay más remedio; yo tengo que prepararlas para el golpe.)

ANG. ¿Qué tienes? (Aparte á Alvaro.)

ALV. ¿Eh? (Asustándose.)

ANG. (¿Estás preocupado?)

ALV. (Sí... es decir, no... es decir... qué sé yo.)

ANG. Tonto; de seguro crees que porque hemos cambiado de posición he de cambiar de sentimientos. (Con mucho mimo.) Pues no, no y no. (Vase Angustias.)

ESCENA XIII

DICHOS menos ANGUSTIAS

ALV. (Imitando la entonación de Angustias.) (Pues sí, sí y sí. Yo necesito decirles lo que pasa.)

D.ª VIC. Pero qué mundo este, don Alvarito. ¿Cómo han de suponer en la provincia que vamos á gobernar que yo, la señora gobernadora, estoy poniendo la mesa con mis propias manos, por no tener criada que me sirva? Le aseguro á usted que en cuanto empecemos á funcionar no me contento con menos de cinco criadas y una doncella. ¿Quién me verá dentro de ocho días? ¡Ay, don Alvarito, qué vueltas da el mundo!

ALV. (No es mala voltereta la que tú vas á pegar cuando vuelva don Juan de Gobernación.)

D.ª Vic. Siempre sucede lo mismo: la felicidad viene cuando no se la espera.

Alv. (Muy sentencioso.) Y la desgracia también, señora.

D.ª Vic. Bueno, hombre; pero no hablemos ahora de desgracias.

Alv. (Nada, esta señora se resiste á la verdad con todas sus fuerzas.)

ESCENA XIV

DICHOS y ANGUSTIAS

Ang. ¡Mamá, mamá!

D.ª Vic. ¿Qué pasa?

Ang. Que el arroz se ha pasado.

D.ª Vic. ¿Sí?

Alv. ¡Qué lástima! Cuando yo le digo á usted, señora, que hoy todo son desdichas.

D.ª Vic. ¡Pero, hombre, qué empeño tiene usted en amargarnos la felicidad!

Alv. No es eso... es que...

Ang. (Está triste porque nos separaremos, mamá.) (Aparte á doña Vicenta.)

D.ª Vic. ¡Ah! ¡Vamos! Ahora me explico el que usted, siempre tan resuelto, tan decidor y tan alegre, esté con esa cara tan sombría.—¡Animo, hombre, ánimo, todo se arreglará! Mi hija, cualquiera que sea la posición que ocupe, se honrará mucho con que la favorezca con su afecto un artista tan distinguido.

Alv. Muchas gracias; pero... (1)

D.ª Vic. Sé lo que va usted á decirme; que hoy no está en circunstancias para realizar sus aspiraciones, porque carece de ciertos medios materiales; pero eso no importa. Afortunadamente, para nosotros empieza hoy una nueva era...

Alv. (Sí; la Era del Mico.)

D.ª Vic. Y mi esposo estará en condiciones de poder proteger á usted como se merece.

---

(1) Angustias.—Alvaro.—Doña Vicenta.

ANG. (Sí, Alvaro, sí, no lo dudes; mi papá te protegerá.)
ALV. (Pues, señor, nada, no hay quien las apee.)
D.ª VIC. Yo, desde luego, en su nombre, le ofrezco á usted el cargo de secretario particular. Vendrá usted con nosotros al Gobierno de la provincia. (Dándose tono.)
ALV. Pero, señora...
D.ª VIC. ¿Sería usted capaz de no aceptarlo?
ANG. Sí, acéptelo usted.
ALV. Está bien; lo acepto. (Campanillazo.)
D.ª VIC. ¡Ay! Ese es tu padre.
ALV. (¡María Santísima!)
D.ª VIC. Sal á abrir. (Vase Angustias.)
ALV. (Bueno vendrá el pobre señor.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON JUAN, con gabán de pieles.

D. JUAN ¡Vicenta, Vicenta!
D.ª VIC. ¿Qué? ¿Has estado con el Ministro?
D. JUAN No, pero como si hubiera estado.
ALV. (¿Eh?)
D. JUAN No ha podido recibirme y contestó á mi tarjeta con este volante. Mira, mira, de su puño y letra. (1)
D.ª VIC. A ver.
ANG. A ver, papá.
D. JUAN Lea usted, lea usted. (Dándoselo á Alvaro.)
ALV. «Amigo González.» (Leyendo.)
D.ª VIC. ¡Te llama su amigo!
D. JUAN Claro, entre compañeros...
ALV. «Dispénseme que no le reciba, porque estoy »en consejo.»
D. JUAN Me da satisfacciones.
ALV. «Es necesario que salga usted hoy mismo »para su destino.»
D. JUAN Estoy haciendo falta en la provincia.
ALV. «Vea usted al habilitado, que ya tiene orden.

---

(1) Alvaro.—Angustias.—Don Juan.—Doña Vicenta.

»mía de adelantarle los fondos que necesi-
»te. Suyo afectísimo.»

D. JUAN Afectísimo, ya lo ves.

D.ª VIC. Pero esos fondos... ¿dónde están esos fondos?...

D. JUAN Aquí, en el fondo de este bolsillo. (Buscando en los bolsillos del gabán.) (Sacando un papel doblado.) No. (Después de olerlo.) Esto es alcanfor. (Lo tira.) Aquí está. No: esto es pimienta en grano. (El mismo juego anterior.) ¡Así huele este dichoso gabán!

D.ª VIC. Pero, hombre, ¿serías capaz de haber perdido ese dinero?

D. JUAN No, aquí están los billetes. Dos mil quinientas pesetas. (Sacando los billetes.)

D.ª VIC. ¡Dios mío!

ALV. (¡Caracoles!)

D. JUAN ¡Diez mil reales!

D.ª VIC. En mi vida he visto tanto dinero junto.

ALV. Ni yo, señora, ni yo. (Este filón no debe desaprovecharse.)

D. JUAN Esta noche salimos de Madrid.

D.ª VIC. ¿Nosotras también?

D. JUAN Naturalmente, un Gobernador, para tener autoridad y prestigio debe presentarse con toda su familia.

ANG. Y con su secretario particular.

D. JUAN ¿Eh?

D.ª VIC. Aquí lo tienes.

ALV. Servidor de V. S., señor Gobernador.

D.ª VIC. Lo he nombrado yo en tu ausencia.

D. JUAN Me parece bien, es muchacho listo, y sobre todo, hoy me encuentro dispuesto á proteger á cualquiera.

ALV. Muchas gracias.

D. JUAN Ea, ea. No hay tiempo que perder. Vamos á equiparnos de lo más preciso.

D.ª VIC. Tienes razón. (Se pone la mantilla y Angustias también.)

ALV. Sí, sí; debemos equiparnos.

D.ª VIC. Buena falta nos hace á todos (1)

---

(1) Alvaro.—Angustias.—Don Juan.—Doña Vicenta.

D. JUAN ¡Ay, Vicenta de mi alma! ¡Ay, hija de mi corazón! (Abrazándolas.)

D.ª VIC. ¡Ay, Juan! A mí están á punto de saltárseme las lágrimas.

D. JUAN No te conmuevas, esposa mía. (Casi sollozando.) Tengamos ánimo para gozar de la ventura, como lo hemos tenido para soportar la desgracia.

D.ª VIC. Es verdad.

D. JUAN ¡A la calle inmediatamente!

ALV. Pero, señores, ¿hoy no se almuerza en esta casa?

D. JUAN ¡En esta casa, no!

ALV. ¿Eh?

D. JUAN Hoy se almuerza en la fonda.

D.ª VIC. Muy bien pensado.

ANG. Tiene razón papá.

ALV. Mejor que mejor.

D. JUAN Solemnicemos nuestro cambio de fortuna. ¡A la fonda!

TODOS ¡A la fonda!

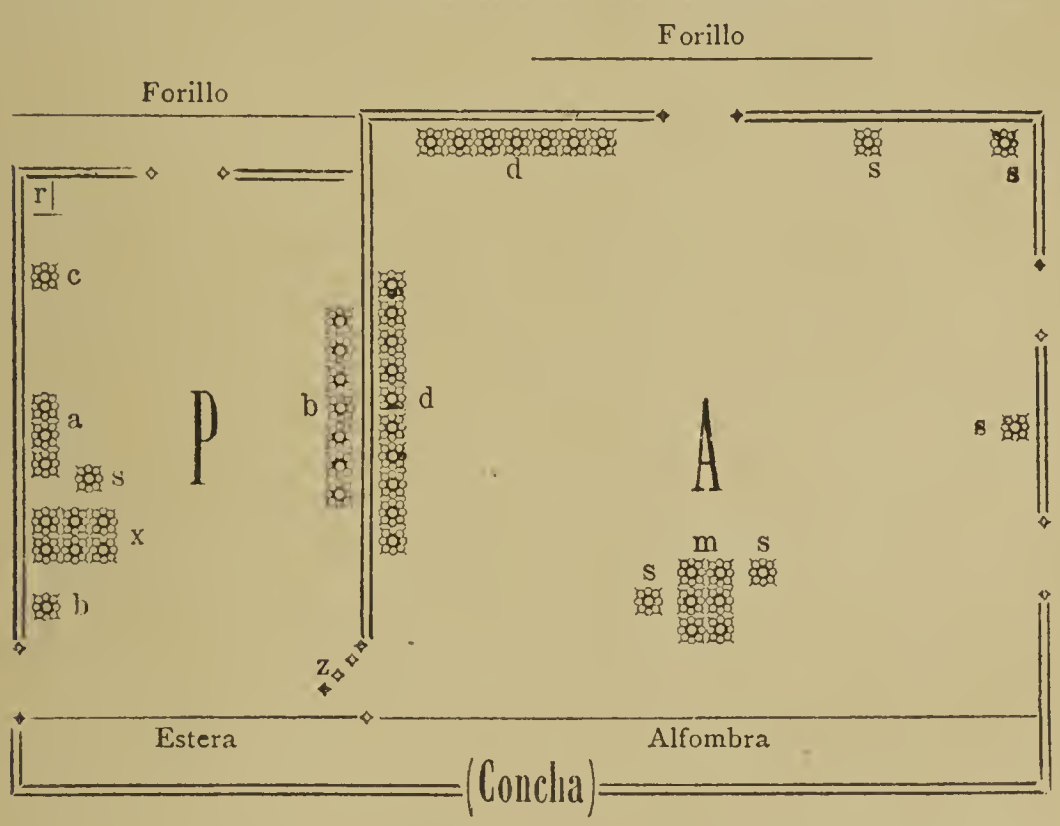
D. JUAN ¡En marcha, señor secretario! (Llevándose del brazo á Vicenta y á Angustias.)

ALV. A sus órdenes, señor Gobernador. (¡Adelante con los faroles, y mientras dura... vida y dulzura!) (Salen por el foro. Anímese mucho todo el final.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Decoración y accesorios



P	Portería.	a	Armario pequeño ó alacena sobre la mesa.
A	Antesala.	r	Rinconera con botijo y vaso. para agua; algunas bandejas.
b	Banquetas.	x	Mesa escritorio.
d	Divanes.	z	Mampara, que abre hacia la Portería.
s	Sillas.		
m	Mesa-centro de sala.		
c	Cuadro de timbres.		

Sobre la puerta del foro de la Portería, se pondrá un letrero que diga: *Oficinas del Gobierno civil.*

Sobre la puerta de la mampara y para que sea leído desde la Portería, este otro: *Habitaciones del Sr. Gobernador.*

En el forillo de la Portería, y á la vista del público, *una mano* señalando este rótulo: *Paso á la Sección de Fomento.*

Sobre la mesa de la sala una escribanía elegante.—Sillería apropiada.—Dos mapas en las paredes.—Colgaduras en los tres huecos.—En la portería: una mesa con tapete verde, y encima de ésta una carpeta; un tintero y pluma; una petaca con cigarros de papel; una caja de cerillas.—En el armario, azucarillos.—Debajo de la mesa, un brasero con tarima, alambrera y badila.

ESCENA PRIMERA

PORTERO y GUARDIAS 1.° y 2.° (1), después el ORDENANZA, en la portería

PORT. Tienes razón, Manolo; la política está perdidida.

GUAR. 2.° Completamente.

PORT. Vosotros no lo sabéis bien, porque sois nuevos en el oficio; pero yo, que llevo más de veinte años en la casa y que he conocido cincuenta y seis gobernadores, puedo aseguraros que todos son los mismos perros con diferentes collares.

GUAR. 2.° Naturalmente.

GUAR. 1.° (Con énfasis.) Tocante á ese punto, yo sus diré: los gobernadores ó son malos ó son buenos. Si son buenos, bueno; y si son malos lo mismo. De una manera ó de otra, las cosas son como son; y los de arriba son los de arriba, y los de abajo son los de abajo.

GUAR. 2.° *Exatamente.*

PORT. Eso es.

GUAR. 1.° Por eso á mí no me apea nadie. La política tiene de todo, y es según se miran las cosas. Unos dicen que si esto, que si lo otro; que si negro, que si blanco; que si patatín, que si patatán; pero yo digo lo que digo: aquí hace falta más política y menos *azmenistración.* Así lo he leído en un periódico; y cuando los periódicos lo dicen, por algo dicen... lo que dicen.

GUAR. 2.° Precisamente.

PORT. Convenido.

---

(1) Derecha del actor: Guardia 2.°, Portero, Guardia 1.°

GUAR. 1.º A mí que no me vengan con historias. El país lo que *nesecita*... es lo que le hace falta: mucha *tranquilidá*, muchas obras públicas y mucho Orden público; porque habiendo Orden público... hay orden en el público.

PORT. Y á propósito del orden público. (Va á la mesa, coge la petaca y da un pitillo á cada uno de los Guardias. Él fuma otro.) ¿Qué hay de la cuestión del mercado nuevo? Mi mujer me ha dicho que esta mañana andaban las verduleras muy soliviantadas.

GUAR. 1.º ¡Bah! ¿Quién hace caso de esa gentecilla? Dicen que van á hacer y acontecer; pero si se desmandan ya las meteremos en cintura.

GUAR. 2.º Indudablemente.

GUAR. 1.º Podrán atreverse con los municipales, porque esa es una fuerza que no tiene fuerza; pero con nosotros los del orden, ó los de *seguridá* como nos llaman ahora, puedes tener la *seguridá* de que no alza el gallo ninguna verdulera; sobre todo si tenemos un gobernador enérgico, *impune* y *recostituyente*.

GUAR. 2.º *Perfetamente*.

GUAR. 1.º ¿Qué tal será éste que ha venido anoche? (1) (Mira con precaución por la mampara.)

PORT. Yo sólo le ví un momento, cuando llegó de la estación con su familia, y me pareció muy campechano. Me dió las buenas noches con mucha amabilidad, y cuando fuí á cogerle un saquito que llevaba en la mano, me dijo que no me molestase.

GUAR. 1.º Vamos; menos mal, si no es de los que se dan tono; porque lo que es á algunos no se les puede resistir.

GUAR. 2.º Verdaderamente.

GUAR. 1.º Vienen de Madrid y entran aquí como en país *conquistao;* nos tratan como á *indígenas;* dicen que traen muchos *proyetos* en la cabeza, y luego resulta que lo que traen en la cabeza es humo... (Chupa el cigarro y echa una bocanada de humo.) humo... (Idem.) y nada más que humo. (Idem.)

---

(1) Guardia 2.º, Guardia 1.º, Portero.

GUAR. 2.º Ciertamente. (Timbre dentro.)
PORT. Llama el Jefe de vigilancia.
GUAR. 1.º Voy adentro. Espérame aquí. (Vase el Guardia 1.º por el foro de la portería.)
GUAR. 2.º Corriente.
ORD. (Que sale por la puerta primera de la derecha con varios periódicos en la mano.) Buenos días.
PORT. Felices.
ORD. Aquí están los periódicos de hoy.
PORT. Trae acá.
ORD. Yo me marcho.
PORT. ¿A dónde vas tan deprisa?
ORD. A hacer unos encargos de la señora gobernadora. (Vase.)
PORT. ¡Ah!... Vete con Dios. (Abriendo la mampara.) ¿Hay permiso? No hay nadie. (Entra en el saloncito, deja los periódicos sobre la mesa y vuelve á salir.)
GUAR. 2.º ¡Este sí que tiene ganga con la portería del Gobierno! (Sentándose en la banqueta al lado de la mesa.) Un destinito así es lo que á mí me hacía falta. (Sale el Portero.)
PORT. Pues, señor, bien; hace un fresquito regular. (Arreglando el brasero.)

ESCENA II

PORTERO, GUARDIA 2.º, EMPLEADO 3.º

EMP. 3.º Buenos días.
PORT. Servidor de usted.
EMP. 3.º ¿Han venido ya todos?
PORT. Sí, señor; sólo falta el señor secretario, que continúa enfermo.
EMP. 3.º Me he retrasado un poquito en la guantería. ¿No se habrán presentado todavía al señor Gobernador?
PORT. Todavía no ha llamado.
EMP. 3.º Menos mal. (¡Caramba! ¡Qué estrecha se me ha quedado esta levita!) (Vase foro portería.)

ESCENA III

DICHOS menos EMPLEADO 3.°, luego DON BENIGNO

GUAR. 2.° ¡Qué recompuestos vienen hoy *tóos* los *empleaos!* De tiros largos y con chistera.

PORT. Es natural. Como que van á presentarse al señor Gobernador.

D. BENIG. ¡Hola, Vicente! Buenos días.

PORT. Muy buenos, don Benigno. ¿Qué le trae á usted por esta casa? (1)

D. BENIG. Vengo á visitar al nuevo Gobernador.

PORT. ¿Como médico?

D. BENIG. No, como amigo.

PORT. ¡Ah! ¿Le conoce usted?

D. BENIG. ¿Que si le conozco? Desde que era un chiquillo. Por cierto que ya entonces revelaba lo que había de ser. Así es que cuando, hace dos años, fué elegido diputado á Cortes, no me sorprendió. Tiene un talento muy claro; no es un político vulgar, no; á ese, el día menos pensado lo vemos de ministro.

PORT. ¿Sí, eh?

D. BENIG. ¡Ya lo creo! Anoche me encontré en los periódicos de Madrid con la noticia de su nombramiento de gobernador de esta provincia; y al saber hoy que había llegado, en cuanto hice las primeras visitas, dije: «voy á dar un abrazo á Juanito,» y aquí estoy.

PORT. Pues, si usted quiere, le pasaré aviso; aunque me parece que no se ha levantado todavía.

D. BENIG. No; entonces déjele usted, déjele usted dormir. No hay nada más respetable que el sueño. ¡Felices los que pueden dormir á pierna suelta! Es lo único que envidio en este mundo, porque con esta pícara profesión es imposible conseguirlo. Me acuesto á las once de la noche reventado de subir y bajar escaleras, y cuando estoy en eso que llaman el primer sueño — yo no sé todavía

(1) Guardia 2.°—Don Benigno.—Portero.

lo que es el segundo—¡pum! ¡pum! ¡pum!—tres aldabonazos, que me hacen el mismo efecto que si me los dieran en la boca del estómago. «¿Está don Benigno?» pregunta una voz desde abajo. «Sí, señor» contesta la criada; «y muy calentito» añado yo, «y muy agusto en su camita y sin ganas de visitar á nadie.» Pero no hay más remedio; la humanidad lo exige. No hay nada más inhumano que la humanidad. Y me levanto, y veo al enfermo, y resulta que lo único que tiene es que no puede dormir. Pues eso mismo tengo yo. El no puede y á mí no me dejan; el resultado es el mismo. Nada, nada, Vicente, que esta vida no es para llegar á viejo... si no hubiera llegado ya hace algunos años.

PORT. ¡Qué don Benigno! ¡Siempre de buen humor!

D. BENIG. Los humores malos quédense para los enfermos, que ya procuraré yo curárselos.

PORT. Y el señor Secretario, ¿cómo sigue? ¿Le ha visto usted hoy?

D. BENIG. Fué la primer visita que hice esta mañana. El lunes ó martes podrá ya venir á la oficina. Ea, hasta luego. Voy á ver cómo ha pasado la noche el recaudador de contribuciones.

PORT. ¿Qué tiene?

D. BENIG. ¿Que qué tiene? Pues tiene un avispero en la nuca y una mujer más temible que el avispero. Adiós, Vicente.

PORT. (Riéndose.) Vaya usted con Dios, don Benigno.

ESCENA IV

DICHOS y ALVARO, elegantemente vestido, que al entrar tropieza con don Benigno, que sale.

D. BENIG. ¡Ah! Usted dispense.

ALV. No hay de qué.

D. BENIG. Servidor. (Vase.)

ALV. Beso á usted la mano. (Se dirige á la mampara y la abre.)

PORT. ¡Eh!... Caballero... ¿á dónde va usted?

ALV. (Sorprendido.) ¡Eh!

PORT. ¡Ah! Usted perdone. (Saludándole con una cortesía.) Como no le ví más que un momento anoche no le había conocido.

ALV. (¡Qué susto me he llevado! Creí que sabía algo.) (Pasa á la antesala.)

GUAR. 2.º ¿Quién es ese caballero?

PORT. El secretario particular del señor Gobernador. Se lo ha traído de Madrid.

ALV. ¿Se puede? (Llama con los nudillos en la puerta primera izquierda.)

D.ª VIC. (Dentro.) Allá vamos, Alvarito, allá vamos; aguarde usted un momento.

ALV. Está bien, señora, está bien.—Envidio á esta familia. Dichosos los que en este mundo terrenal disfrutan como cierta y segura una felicidad tan efímera y transitoria.—Hoy he amanecido sentencioso. La buena ropa me ha hecho filósofo. (Se quita el gabán.) (Se oye dentro la voz del Guardia 1.º que sale inmediatamente por el foro de la portería.)

GUAR. 2.º (Al Guardia 1.º, que se presenta.) ¿Qué manda el jefe? ¿Que nos vayamos al portal como todos los días?

GUAR. 1.º No; que nos vayamos al mercado en seguida, lo cual prueba que temen algo.

GUAR. 2.º Seguramente.

GUAR. 1.º Conque, andando. Hasta después. (Al Portero.)

PORT. Hasta luego.

GUAR. 2.º Adiós, Vicente. (Vanse los dos Guardias por la puerta derecha.)

PORT. (Suena el timbre.) Ya empezamos. (Saca un azucarillo del armario, lo coloca sobre uno de los vasos de agua que habrá sobre la rinconera de la portería; pone el vaso sobre una bandejita y vase por el foro.)

ESCENA V

ALVARO.—Después DOÑA VICENTA y ANGUSTIAS, que salen por la primera puerta de la izquierda.

ALV. Nada; no hay que darle vueltas. Esto no puede prolongarse mucho. Hay que aprovechar los momentos, sea como quiera. (Pausa corta.) Si se presentara algún negocio gordo, de esos que pueden hacerse, así, de una plumada, yo lo aprovecharía... ya lo creo que lo aprovecharía. Pero me temo que antes salgamos de la provincia escoltados por la Guardia civil. Yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo... ¡y cuidado que es una gran camisa! Hilo puro. Media docena me he comprado. Eso sí; el equipo no me lo quita nadie. Un gabán de primera, un terno de primera y una desvergüenza también de primera. (Dando una vuelta sobre el talón.)

D.ª VIC. (Saliendo por la primera puerta izquierda.) Alvarito... (Con matiné.)

ALV. Señora... Angustias...

D.ª VIC. ¿Qué tal? ¿Qué le parecen á usted los matinés?

ALV. Elegantísimos (1).

D.ª VIC. (Á Angustias.) ¿Lo ves? Esta tonta me decía que el mío era demasiado vistoso para mi edad.

ALV. Señora, por Dios... cuando las personas llegan á cierta altura, no tienen edad.

D.ª VIC. Eso digo yo. ¿Y qué tal? ¿Ha encontrado usted buen cuarto en la fonda?

ALV. Sí; no es malo.

D.ª VIC. Pues, hijo mío, nosotras tenemos unas habitaciones regias. ¡Qué sillerías, y qué lavabos, y qué camas!... Las camas sobre todo. En un sueño he pasado la noche. ¡Y qué sueño tan agradable!

ALV. ¿Sí, eh?

---

(1) Doña Vicenta.—Alvaro.—Angustias.

D.ª VIC. Figúrese usted que iba por la calle en una carretela dorada, arrastrada por seis caballos blancos con penachos azules, oyendo los vivas de la muchedumbre y los acordes de la marcha real, y escoltada por un piquete de la Guardia civil.

ALV. ¿De la Guardia civil? Hay presentimientos, señora, hay presentimientos.

D.ª VIC. ¡Cómo!

ALV. Nada; que todos esos sueños de grandeza son muy naturales. Pero, ¿y don Juan? ¿Está todavía en la cama?

ANG. ¡Quiá! Si se levantó muy temprano.

D.ª VIC. No ha podido pegar los ojos en toda la noche; está muy intranquilo, muy nervioso.

ALV. ¿Sí?

D.ª VIC. Acaba de decirme que este cargo tan importante no es para él.

ALV. ¿Que no es para él? (Asustado.) Pues, ¿qué? ¿Sabe algo?

D.ª VIC. ¿De qué?

ALV. De... nada; de las luchas políticas de la provincia.

ANG. Pero, ¿hay luchas?

ALV. Debe de haberlas. ¿Dónde no las hay?

D.ª VIC. Ahí le tiene usted.

ESCENA VI

DICHOS.—DON JUAN, con batín, por la segunda puerta izquierda.

ALV. Buenos días, señor Gobernador.

D. JUAN Buenos días, Alvarito.

ALV. Conque ha pasado usted mala noche, ¿eh?

D. JUAN Malísima. (Sentándose al lado de la mesa.)

ALV. El viaje, sin duda (1).

D. JUAN No, señor; aquí, en familia, puedo decirlo; este cargo es superior á mis fuerzas.

D.ª VIC. Juan, no seas imbécil... y usted dispense. (Volviéndose á Alvaro.)

ALV. No; el que debe dispensar es él.

---

(1) Alvaro.—Doña Vicenta.—Don Juan.—Angustias.

D. JUAN Sí, esposa mía, sí; tú no tienes idea de lo que es ser Gobernador de una provincia.

D.ª VIC. Ni tú tampoco. Se puede decir que apenas has tomado posesión.

D. JUAN Pues figúrate tú; si antes de funcionar, como quien dice, me encuentro ya anonadado y confundido, qué será de mí cuando se presente la más pequeña dificultad... unas elecciones, por ejemplo.

D.ª VIC. Eso no te preocupe. Ya sabemos cómo se hacen esas cosas Con dar gusto al Gobierno has cumplido.

D. JUAN Envidio ese caracter tan resuelto y tan...

D.ª VIC. Tú sigue mis consejos y no te achiques, hombre, no te achiques.

ALV. Sí, don Juan; no se achique usted.

D. JUAN Bueno; procuraré no achicarme.

D.ª VIC. Y además, no parece sino que todos los Gobernadores de provincia son unos Sénecas. Pues, no, señor; hay algunos que merecían servir de guardacantones. Serás uno de tantos.

D. JUAN Gracias.

ANG. Sí, papá, anímate; no nos entristezcas.

ALV. Tienen razón estas señoras. No debe usted amilanarse, sino todo lo contrario; actividad, decisión y energía. Estas son las condiciones que debe usted demostrar inmediatamente. Piense usted en que esto puede durar muy poco.

D. JUAN ¡Hombre!... ¿Por qué? (Levantándose.)

ALV. Por... por... porque ya sabe usted lo inseguros que están en nuestro país todos los Gobiernos.

D. JUAN Eso sí; pero me parece que esta situación no ha de cambiar lo menos en un año.

D.ª VIC. ¡Qué en un año! Ni en dos.

ANG. Claro. ¡Pues bueno fuera que cambiara!

ALV. Sin embargo, don Juan, no confiemos mucho. Hay que estar prevenidos. A lo mejor surge una crisis inesperada, y adiós Gobierno, y adiós todo; por lo cual, cuando se ocupa una posición como la de usted, debe aprovecharse. Nada de dudas, ni de vacilaciones,

ni de escrúpulos mal entendidos. Cuando pasan rábanos, comprarlos (1).

D.ª VIC. Dice bien Alvarito. Este joven ve muy claro en política. (Aparte á don Juan.)

D. JUAN Sí verá; pero yo no he entendido eso de los rábanos. (Aparte á doña Vicenta.)

D.ª VIC. Hijo mío, estás atontado.

D. JUAN Mucho, mucho; más de lo que crees. Me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama...

D.ª VIC. Ya lo sé.

D. JUAN Tratando de coordinar mis ideas para componer la alocución que debo publicar hoy, dirigida á mis gobernados. Cuando yo creía haber formulado mi pensamiento, me lanzo de la cama, me siento á escribir, y... nada... Las ideas se me habían borrado por completo. Seis horas me he pasado mirando una cuartilla de papel en la que no he podido escribir más que lo siguiente: «Habitantes de esta provincia; dos puntos y... punto final.»

D.ª VIC. ¡Parece mentira!

D. JUAN Pues, desgraciadamente, es la pura verdad.

ALV. Eso no le preocupe á usted. Para algo soy yo su Secretario particular. Eso es de mi incumbencia; esas cosas no las hacen nunca los Gobernadores.

D. JUAN ¿No?

ALV. No, señor; ni esas... ni otras. ¿Quería usted una alocución? Aquí la tiene usted. (Sacando un papel.)

D. JUAN ¿Es posible? (2)

ALV. La escribí esta mañana en cinco minutos. Esto es sencillísimo. Oiga usted: «Habitantes de esta provincia.»

D. JUAN Eso ya lo había yo puesto.

ALV. «Al recibir la honrosa misión de gobernaros, »confié, más que en mis propios méritos, en »la sensatez y en el patriotismo de este he»róico vecindario, que ha sabido mantener

(1) Angustias.—Alvaro.—Doña Vicenta.—Don Juan.

(2) Angustias.—Alvaro.—Don Juan.—Doña Vicenta.

»siempre incólumes los fueros de la libertad »y de la justicia.» ¿Eh?

D.ª VIC. ¡Muy bien!

ANG. ¡Bravo!

D. JUAN ¡Admirable!

ALV. «Yo os aseguro que al empuñar las riendas »del Gobierno he de tener en cuenta las »circunstancias en que se encuentra la pro»vincia, y he de procurar, por todos los me»dios posibles, su prosperidad y su engran»decimiento; únicos fines á que aspira vues»tro Gobernador.—J. González y Pérez.» ¿Eh? (Dándole el papel, que don Juan leerá para sí varias veces.)

D. JUAN ¡Un abrazo!... ¡Un abrazo! Ha interpretado usted mi pensamiento. Esas son las ideas que se me ocurrieron en la cama. (A doña Vicenta.)

D.ª VIC. Ya te dije que había encontrado para tí un gran Secretario particular.

ALV. Gracias, señora. (Angustias va á la mesa y repasa los periódicos.)

D. JUAN «Mantener incólumes...» ¡Magnífico! ¡Magnífico! Hoy mismo se imprimirá y se fijará en todas las esquinas (1).

D.ª VIC. Yo, con permiso de usted, borraría aquello de empuñar las riendas, porque podría parecerles ofensivo.

ALV. No, señora; si eso es una metáfora.

D. JUAN Claro, mujer; una metáfora. Los Gobernadores usamos mucho las metáforas.

D.ª VIC. ¡Ah! Si es una metáfora, no he dicha nada.

ANG. Mira, mamá, mira lo que dice de nosotras este periódico. (Sigue sentada. Todos la rodean.)

D.ª VIC. ¿De nosotras? (Acercándose.)

D. JUAN A ver, á ver.

ALV. ¡Ah! Es uno de los periódicos de la localidad.

ANG. (Leyendo.) «Sean bien venidos: Anoche, en el tren correo, llegó á esta capital el nuevo Gobernador, señor González, acompañado de su simpática y distinguida señora, y de su

(1) Angustias.—Alvaro.—Doña Vicenta.—Don Juan.

bellísima y elegante hija.» (Don Juan y doña Vicenta oyen la lectura con gran regocijo, y enorgulleciéndose cómicamente.)

D.ª VIC. ¿A ver, á ver? ¿Dice eso de veras?

ANG. Sí, mamá; mira.

D.ª VIC. (Cogiendo el periódico.) «Han llegado las tan renombradas longanizas...»

ANG. No, mamá; más arriba. (Levantándose.)

D. JUAN Sí, mujer; ahí, encima de las longanizas.

D.ª VIC. ¡Ah! Sí; ya veo... «Su símpática y distinguida señora.» Está muy bien escrito este periódico. ¿A ver cómo se llama? *La Luz de la Verdad.* Claro, la verdad pura.

D. JUAN Trae, trae, que me parece que dice algo más.

D.ª VIC. ¿A ver?

D. JUAN «La provincia está de enhorabuena. El señor González y Pérez, que es un modelo de caballerosidad, de honradez y de consecuencia política, ha demostrado siempre, en su larga carrera, profundos conocimientos en administración y en economía.» ¡Muy bien, muy bien!

D.ª VIC. Sí, no está mal; pero eso de que has vivido con econonía, no había para qué publicarlo.

ALV. No es eso, señora.

D. JUAN No, mujer; se refiere á mis profundos conocimientos económico-políticos.

D.ª VIC. ¡Ah! ¡Ya! ¡Eso es otra cosa!

ANG. ¡Ay! En este periódico hablan de nosotros también. (Leyendo el otro que habrá sobre el velador.)

D. JUAN ¿Sí? Lee, lee. (Todos rodean á Angustias, que baja al proscenio.)

D.ª VIC. Es claro; ¿de qué va á hablar la prensa más que de nosotros?

ANG. (Leyendo.) «Bien vengas mal, si vienes solo».

D.ª VIC. }
D. JUAN } ¡Eh!

ANG. Así empieza.

D. JUAN Sigue, sigue.

ANG. «Ya tenemos en la capital al nuevo Gobernador de la provincia, que llegó anoche,

acompañado (Sonrisa de satisfacción en doña Vicenta.) de su esposa é hija».

D.ª VIC. ¿Así? ¿A secas?

ANG. Sí.

D.ª VIC. ¡Qué grosería!

ANG. «Veremos lo que hace el nuevo Sancho de esta desgraciada ínsula».

D. JUAN ¡Caracoles!

D.ª VIC. ¿A qué viene eso de llamarte Sancho?

ALV. No lo extrañe usted; es el periódico de oposición.

D.ª VIC. Y ¿cómo se llama ese papelucho?

ANG. *El Grito de los Contribuyentes.*

D.ª VIC. Pues para que griten por algo, vas á suprimir ese periódico al momento; pero al momento.

D. JUAN Eso no es posible.

D.ª VIC. Para algo eres Gobernador.

ALV. Tranquilícese usted, señora, que les contestaremos en *La Luz de la Verdad.*

D.ª VIC. Es verdad; eso es preferible. Dame, dame ese periódico, que lo voy á hacer pedazos. (Lo coge y lo rompe.) ¡Sancho!... ¡Sancho!... Ya les daré yo el Sancho. (Arroja los pedazos al suelo.)

ESCENA VII

DICHOS y el ORDENANZA con cuatro grandes paquetes de telas de los colores que marca el diálogo. Sale por la puerta de la portería.

PORT. (Timbre dentro.) Allá va. (Saca un azucarillo y lo pone sobre el vaso.)

ALV. (A Vicenta.) Señora: no dé usted importancia á esas pequeñeces.

ORD. (Entrando.) Aquí están ya los encargos para la señora Gobernadora.

PORT. Dame; yo los pasaré. ¿Hay permiso? (Abriendo la mampara.)

D. JUAN Adelante.

PORT. Estos paquetes que han traído para usía.

D.ª VIC. ¡Ah! Sí, sí.

D. JUAN ¿Qué es ello? (Paseando y leyendo para sí la alocución.)

D.ª VIC. Telas para hacernos unos trajes.

ALV. (Lo que es bien vestidos sí vamos á salir de aquí.)

D.ª VIC. Déjelos usted ahí, sobre el velador. (El Ordenanza coge el azucarillo, y comiéndoselo, vase por la derecha.)

PORT. (Deja los paquetes sobre el velador.) ¿Manda algo más usía?

D.ª VIC. Puede usted retirarse.

PORT. A las órdenes de usía. (Pasa á la portería.)

D.ª VIC. Cada vez que me dan el tratamiento, no lo puedo remediar, me esponjo.

PORT. (Suena el timbre otra vez.) Allá va, allá va. (Coge el vaso.) Juraría haber sacado el azucarillo. Bueno; pondré otro. (Pone otro y vase por el foro.)

ANG. ¡Qué telas tan lindas y qué colores tan nuevos! Este melocotón caído es precioso.

D.ª VIC. ¿Y ésta pasa de corinto?

ANG. ¿Y ésta fresa machacada? (Revisando los paquetes.)

D. JUAN Pero, ¿en qué quedamos? ¿Os han traído telas ó frutas?

ANG. Si hablamos de los colores, papá.

D.ª VIC. Vamos, vamos adentro; allí elegiremos lo que más nos agrade. (Cogen los paquetes.) Venga usted, Alvarito; usted, como pintor, nos aconsejará para la combinación de colores.

ALV. Con mucho gusto. (Cogiendo los paquetes que lleva doña Vicenta.)

ANG. Yo creo que estará muy bien este azul con botón de oro.

ALV. Sí, sí. (De oro y azul nos van á poner en cuanto se descubra todo.)

(Vanse doña Vicenta, Angustias y Alvaro por la puerta primera izquierda.)

ESCENA VIII

DON JUAN, el PORTERO, luego el SASTRE. Este personaje es joven y presume de elegante.

D. JUAN ¡Qué felices son las mujeres! No les preocupa más que las modas. En cambio, yo, no sé cómo voy á arreglarme para salir de este atolladero en que me han metido. La enfer-

medad del Secretario del Gobierno me pone en un grave compromiso. El me hubiera enterado... En fin; leeré este periódico, (Se sienta á leer el periódico.) y al menos tendré una idea de lo que ocurre en la provincia. Veamos.

SAS. (Saliendo.) Buenos días. (Con capa.)

PORT. ¡Hola! ¿Usted por aquí?

SAS. Me ha mandado recado el señor Gobernador para que viniese á tomarle medida. Supongo que será para hacerle el uniforme.

PORT. Sí; eso debe de ser.

SAS. Me alegraría mucho.

PORT. Le pasaré recado, si usted quiere; pero no sé si podrá recibirle. Está ocupadísimo. (Se dirige á abrir la mampara y el Sastre le detiene.)

SAS. Diga usted, diga usted, este señor ¿es gordo ó flaco?

PORT. Está regular de carnes.

SAS. ¿Y de estatura?

PORT. Regular también.

SAS. Me alegro mucho.

PORT. ¿Sí? ¿Por qué?

SAS. Porque... A usted puedo hablarle con franqueza... El Gobernador saliente, que acá para *inter nos*, era un tramposo de primera... (En voz muy baja.)

PORT. Sí que lo era. (Idem.)

SAS. Se marchó de la noche á la mañana sin recoger el uniforme que me había encargado, y, lo que es peor, sin pagármelo.

PORT. Y este ¿qué tiene que ver con que no haya pagado el otro?

SAS. No es eso; es que á mí me convendría que el uniforme que hice para el otro pudiera servirle á este.

PORT. ¡Ya! Pues, nada; le pasaré recado.

SAS. Sí; haga usted el favor. (Deja la capa sobre la banqueta de la Portería.)

PORT. ¿Se puede? (Abriendo la mampara.)

D. JUAN ¿Quién?

PORT. Aquí espera el maestro sastre que ha mandado llamar usía.

D. JUAN ¿Sí? Que pase, que pase. (Levantándose.) Pues, señor, después de haber leído toda *La Luz*,

me he quedado tan á oscuras como antes.

SAS. ¿Hay permiso?

D. JUAN Adelante.

SAS. A la disposición de usía. Usía dirá en qué puedo serle útil.

D. JUAN Pues deseo que me tome usted medidas para el uniforme.

SAS. (¡Oh, felicidad!) Inmediatamente. (Le sirve el del otro; ¡vaya si le sirve!) (Saca el lápiz, la cartera y el metro; coloca la cartera sobre la mesa y se dispone á tomar medidas.)

D. JUAN Como salí tan precipitadamente de Madrid, sólo tuve tiempo de comprarme el sombrero y el fagín; pero el uniforme...

SAS. Yo aseguro á usía que quedará contentísimo del que yo le haga. Precisamente los uniformes son mi especialidad. Con permiso de usía. (Disponiéndose á tomar medidas, que irá apuntando en la cartera. Esta escena debe hacerse en la izquierda del proscenio, de modo que el Sastre tenga que volverse hacia la derecha para hacer las apuntaciones sobre la mesa. El actor encargado del papel de Sastre dirá las medidas que realmente tenga el actor que desempeñe el de don Juan.) Excuso decir á usía que pondré mis cinco sentidos... (Largo del pantalón.) *Ciento tres.* Pondré mis cinco sentidos en el corte y la confección de estas prendas; porque, naturalmente, un uniforme no es un traje cualquiera, y un Gobernador no es un cualquiera tampoco. (Largo desde la entrepierna.) *Setenta y siete.* (Don Juan, como un maniquí, adopta las posturas á que le obliga el Sastre con las medidas.) Un traje de esta clase acredita á un artista. (Muslo.) *Cuarenta y seis.* Porque la persona que ejerce un cargo importante atrae las miradas de todos. (Boca del pantalón.) *Treinta y ocho.* Y lo que pasaría inadvertido en un particular, sería vituperable en el cuerpo de una autoridad constituída. (Cintura.) *Ciento catorce.* Una arruga de usía sería mi descrédito. (Largo del chaleco, tomada la medida por detrás del cuello.) *Ciento veintiocho.* Por el contrario, sientan la reputación de un artista una casaca de corte correcto, un pantalón que

caiga bien á plomo y un chaleco que marque majestuosamente la curva abdominal del alto funcionario. (Vientre.) *Ciento nueve.*

D. JUAN Advierto á usted que me urge el uniforme, porque se acercan las fiestas de Semana Santa y, como es natural, yo he de presidir las procesiones. ¿Hay muchas en esta población?

SAS. (Ancho del pecho.) *Ochenta y cuatro*

D. JUAN ¡Ochenta y cuatro procesiones!

SAS. No, señor, no; es el ancho del pecho de usía. Procesiones no hay más que tres: una el Jueves y dos el Viernes Santo; pero brillantísimas. (Durante este tiempo el Sastre tomará las medidas de la espalda, hombro, faldones, etc.) La de los Nazarenos principalmente es el asombro de todo el que la ve. (Espaldas) *Ciento seis.* ¡Qué pasos, señor Gobernador, qué pasos tan notables! Aconsejo á usía que se fije sobre todo en el de Pilatos. Está tan bien, que todos los años le apedrean. El año ochenta y cinco descalabraron al señor Gobernador.

D. JUAN (Se vuelve rápidamente.) ¡Caracoles!

SAS. Tranquilícese usía. Desde esa fecha se acordó que las autoridades vayan siempre entre la Verónica y Longinos. *Sesenta y uno.* (Levantándole el brazo derecho para tomarle la medida de la manga. Pausa, durante la que don Juan permanece en esta ridícula actitud hasta que el Sastre, que ha recogido la cartera, el lápiz y el metro se vuelve y le baja el brazo.) He terminado. Servidor de usía.

D. JUAN ¡Gracias á Dios! ¿Y cuándo vendrá usted á probármelo?

SAS. Señor Gobernador, yo no molesto nunca á las personas notables; evito las pruebas, que son siempre enojosas. El uniforme estará al momento, tal vez hoy mismo.

D. JUAN ¡Tan pronto!

SAS. Tengo montados mis talleres con todos los últimos adelantos, y así, naturalmente, se adelanta más. A las órdenes de usía. He tenido tanto gusto en conocer á usía. ¿Manda algo más usía?

D. JUAN No, retírese usía... digo... retírese usted. (Me

han metido tanto usía en el cuerpo, que se me salen sin notarlo.)

SAS. (Desde la puerta.) Beso á usía la mano.

D. JUAN Vaya usted con Dios. (Vase por la primera puerta de la izquierda y el Sastre sale á la portería.)

PORT. (Al Sastre.) ¿Ha acabado usted ya?

SAS. Ya hemos acabado. (Se pone la capa.) Es muy simpático este señor Gobernador. Metiéndole un poco la espalda y cortándole cuatro centímetros de las piernas...

PORT. ¡Eh!...

SAS. Quedará perfectamente. (Vase.)

PORT. ¡Ah! (Oyense dentro ias voces de los empleados.)

ESCENA IX

PORTERO.—Después EMPLEADOS por el foro de la portería

PORT. Ahí vienen ya los empleados.

EMP. 3.º Nada, nada, señor Miranda; usted es el indicado para hacer la presentación.

EMP. 2.º Naturalmente.

EMP. 4.º Nadie mejor que usted.

EMP. 2.º Y luego la categoría...

EMP. 1.º Basta, basta; lo haré. ¿Está visible el señor Gobernador?

PORT. Voy á ver, ¿Se puede? (Abrese la mampara.) Entren ustedes. Pasaré recado. (Sostiene la mampara mientras pasan los empleados y vase luego por la primera izquierda. Los empleados, que vestirán de negro, con «chistera,» levita y guantes claros, acaban de ponerse éstos y se acicalan y componen.)

EMP. 1.º No puedo remediarlo; estos actos oficiales me emocionan mucho. Me pongo tan nervioso, que no sé decir cuatro palabras. Pero, en fin, probaré. (Se separa del grupo y queda meditabundo.)

EMP. 2.º (¡Canastos con el cuello! Mi mujer se ha empeñado en prendérmelo por detrás con un alfiler; y en cuanto hago el menor movimiento, me da unos pinchazos horribles.)

EMP. 4.º Martínez, ¿quiere usted hacerme el favor de abrocharme estos botonés? (Del guante.)

EMP. 3.º Dispénseme usted, pero con los guantes puestos no tengo tacto para nada.

EMP. 2.° Yo se los abrocharé á usted. (Al bajar la cabeza siente el pinchazo en el cuello.) ¡Ay!

EMP. 1.° ¿Qué es eso?

EMP. 2.° Nada, nada. (Lo que digo, hoy muero yo como los toros; de la puntilla. (Empleado 1.° acciona en silencio como si pronunciara un discurso.)

PORT. El señor Gobernador y su secretario particular saldrán al momento. Sírvanse ustedes esperarles. (Pasa á la portería.)

EMP. 3.° ¡Qué preocupado está Miranda! (A Empleado 2.°)

EMP. 2.° Es natural. Este Gobernador, según aseguran los periódicos de Madrid, es un orador notabilísimo; y hablar delante de él no es cosa de poco más ó menos.

EMP. 4.° Ahí viene, ahí viene.

EMP. 3.° Señor Miranda...

EMP. 1.° (Sorprendido en sus cavilaciones.) ¿Eh?

EMP. 2.° Que ya sale.

EMP. 1.° ¿Sí? Agrupémonos (Se agrupan hacia la derecha.)

ESCENA X

DICHOS.—DON JUAN de levita y ALVARO

D. JUAN (Saliendo por la primera izquierda y muy cariñoso.) ¡Ah, señores!...

ALV. (Aparte á don Juan.) (Dese usted tono, hombre, dese usted tono.)

D. JUAN (Con gravedad.) ¡Señores!...

TODOS Señor Gobernador...

EMP. 3.° (Aparte al Empleado 1.°) (Ande usted, don Matías.)

EMP. 1.° (Tragando mucha saliva é interrumpiéndose cuando lo marquen los puntos suspensivos.) Señor... señor Gobernador... sin las galas oratorias que adornan á usía... sin esa... sin ese... sin esa elocuencia que le ha valido tantos triunfos.... eso es... triunfos en el Parlamento...

D. JUAN (Aparte á Alvaro.) ¿Qué Parlamento?

ALV. (Aparte á don Juan.) (Cállese usted, hombre.)

EMP. 1.° Me permito... saludar á usía en el nombre del padr... del personal de estas oficinas.... lamentando que la enfermedad del digno

secretario de este gobierno... eso es... de este gobierno... prive á usía del gusto de verle... digo, le prive á él del gusto de ver á usía. He dicho.

VARIOS. (Por lo bajo.) Muy bien, muy bien.

EMP. 3.º (Siempre dije yo que este Miranda era un animalucho.)

ALV. (Á Don Juan con quien habrá estado hablando en voz baja desde la terminación del discurso del Empleado 1.º) (No hay más remedio. Conteste usted cualquier cosa; cuatro palabras.)

D. JUAN ¿Qué les diré yo? ¡Ah! Sí...) (Momento de espectación en los empleados.) ¡Habitantes de esta provincia!

ALV. (Aparte á Don Juan rapidísimo.) (¡Qué dice usted, hombre!)

D. JUAN (¡Ya, ya!) Habitantes de esta provincia... me han asegurado que el personal de este gobierno es un personal dignísimo. (Rumor de aprobación en los Empleados, que se inclinan ligeramente como dando las gracias.) Dignísimo, sí; no retiro la palabra. Yo confío más que en mis propios méritos, (Recordando la alocución.) en la sensatez y en el patriotismo de todos ustedes, que han sabido mantener siempre incólumes los fueros de la libertad y de la justicia. Sí, señores; al empuñar las riendas de este gobierno...

ALV. (¡Ya soltó las riendas!)

D. JUAN Esos son los únicos fines á que aspira vuestro Gobernador, J. González y Pérez. He dicho.

TODOS Muy bien, muy bien.

EMP. 2.º (¡Vaya si es orador el tío este!)

D. JUAN Ahora, señores, antes de que ustedes se retiren, quiero tener el gusto de estrechar sus manos. (Va dando la mano á todos.)

EMP. 1.º Señor Gobernador...

EMP. 3.º He tenido un placer...

EMP. 4.º Soy un servidor de usía...

EMP. 2.º (Sintiendo el pinchazo.) ¡Ay!...

D. JUAN ¿Eh?

EMP. 3.º Hay... momentos de verdadera satisfacción para un subordinado.

D. JUAN ¡Gracias! (Dándole una palmada cariñosamente en el cogote.)

EMP. 2.º (Me descabella el alfilerito.)

D. JUAN Nada, nada; señores, á trabajar, y estén ustedes tranquilos. No soy de los jefes aficionados á remover el personal.

UNOS Gracias.

OTROS Muchas gracias.

D. JUAN Cuéntense ustedes seguros en sus destinos mientras yo sea Gobernador.

ALV. (¡Valiente seguridad les ofrece!)

D. JUAN ¡Ea! (Abriendo la mampara y como echándolos de la antesala; pero contrastando el tono amable con lo poco cortés de la acción.) Pueden ustedes retirarse.

EMP. 1.º A las órdenes de usía.

D. JUAN Servidor de ustedes. (Van saliendo todos.)

EMP. 1.º (¡Es muy simpático este señor!)

EMP. 4.º (Y muy tratable.)

EMP. 3.º (Gracias á Dios que puede uno quitarse los guantes.)

EMP. 2.º Debo tener el pescuezo lo mismo que una criba. (Vánse los Empleados por la puerta del foro de la portería.)

ESCENA XI

DON JUAN, ÁLVARO y luego DOÑA VICENTA y ANGUSTIAS, que salen por la primera izquierda

D. JUAN Vamos; ya he salido con felicidad de un compromiso gordo.

ALV. Y saldremos de todos, no le quepa á usted duda. Para esto no se necesita más que osadía.

D. JUAN La tendré, la tendré.

ALV. Lo único que no me cansaré de repetirle es que aproveche usted la ocasión.

D. JUAN ¿De qué?

ALV. De... de asegurar su porvenir y el de su familia.

D. JUAN En eso ya he pensado.

ALV. ¿Sí? (Muy alegre.)

D. JUAN Sí, señor. Como consiga estar aquí un par de años, contando los que llevo de servicios,

dejaré á mi mujer y á mi hija una pensión decente.

ALV. No es eso.

D. JUAN ¿Que no?

ALV. (Este hombre no sirve para el caso. Lo haré yo por mi cuenta.)

ANG. (Salen disputando.) Sí, mamá, sí; los jueves.

D.ª VIC. De ninguna manera. Los viernes.

D. JUAN ¿Qué es eso?

D.ª VIC. Vamos á ver, Juan; ¿Qué día prefieres tú para recibir?

D. JUAN ¿Para recibir qué?

D.ª VIC. Para recibir á la gente.

D. JUAN Todos los días. Los gobernadores están obligados á recibir á todas horas.

D.ª VIC. No, hombre; te pregunto qué día de la semana prefieres para nuestras recepciones.

D. JUAN ¡Ah! ¿Pero vamos á tener recepciones?

D.ª VIC. Naturalmente. Yo creo que los viernes...

D. JUAN El día que tú quieras; pero eso cuesta mucho dinero.

D.ª VIC. Ya no estamos en el caso de economizar. Como esas reuniones no hemos de pagarlas nosotros...

D. JUAN ¿Pues quién va á pagarlas?

D.ª VIC. El gobierno. Todos esos gastos deben pagarse de los fondos secretos.

D. JUAN ¡Eso es! Y que lo averigüe *El Grito de los Contribuyentes* y ponga el grito en el cielo.

D.ª VIC. No sé por qué ha de averiguarlo. ¿No son secretos esos fondos? Pues si son secretos, no puede enterarse nadie.

ALV. Sí, señora; muy secretos; y yo me encargo de ellos desde ahora. Eso corresponde al secretario particular.

ESCENA XII

DICHOS, EMPLEADO 1.º, que habrá salido un momento antes por el foro de la portería con un papel en la mano. Deja el sombrero de copa sobre la mesa

EMP. 1.º (Abriendo la mampara.) ¡Ah! Ustedes dispensen.

D. JUAN Adelante, adelante.—Mi familia. (Presentando á Doña Vicenta y Angustias.)

EMP. 1.º A los piés de ustedes.

D. JUAN ¿Qué hay?

EMP. 1.º Este telegrama que acabo de recibir de Gobernación.

ALV. (¡Demonio!) Deme usted, deme usted. (Coge el telegrama.)

D. JUAN (A Alvaro.) Sí; vea usted lo que es. (Mientras lee Álvaro, Don Juan hace la presentación del Empleado á Doña Vicenta y á Angustias.—Se saludan y hablan en voz bajá.) (1).

ALV. (Leyendo seguido.) «H. R. Q. E. 22.» (Pausa corta.) «M. Z. A. 14.» (Idem.) «L. J. 108.» (Idem.) «K. A. C.» (Idem.) «Y. T. 204.» (Idem.) «S. P. P. U. U.» (Me he quedado enterado.)

D. JUAN ¿Qué dice?

ALV. Vea usted. (Le da el papel.)

D. JUAN (Leyendo.) «H. R. Q. E.»—¿Eh?—«22 M. Z. A...» ¿M. Z. A.? ¡Ah! Madrid, Zaragoza, Alicante. Debe ser eso. «14.»—«L. J.» No entiendo ni jota. «108 K.» ¡Ca!... «A. C. Y. T.» Aceite... esto está muy claro. «204.» —«S. P. P.» ¿Ese P. P.? ¿Qué Pepe será este? «U. U.» (Nada; que me ponen en un conflicto de P. y P. y doble U.)

EMP. 1.º ¿Quiere usía que se conteste?

D. JUAN ¡Claro! Hay que contestar. (Aparte á Alvaro.) (¿Qué contestamos?)

ALV. (Qué sé yo. ¡Este sí que es un compromiso!)

D. JUAN (Yo sólo he comprendido que hablan no sé qué de aceite.)

ALV. (Pues por mí que lo frían.)

EMP. 1.º Si usía quiere que busque la clave para descifrarlo...

D. JUAN ¡Ah! Sí; la clave... naturalmente... la clave. (Por poco nos clavamos.)

EMP. 1.º Debe de estar en el despacho de usía.

D. JUAN Pues sí, sí; vamos allá, y con la clave lo desclavaremos.

EMP. 1.º ¡Cómo!

D. JUAN Lo descifraremos. Venga usted con nosotros. (A Álvaro.)

---

(1) Álvaro.—Don Juan —Empleado 1.º—Doña Vicenta.—Angustias.

ALV. Hasta luego.
EMP. 1.º Señora... señorita... (Vanse por el foro izquierda.)
D.ª VIC. Beso á usted la mano.

ESCENA XIII

DOÑA VICENTA y ANGUSTIAS

D.ª VIC. Hija mía; veo con satisfacción que tu padre, al comprender la importancia de su cargo, va dejando aquel aire de modestia y de humildad que tanto le ha perjudicado en su carrera.

ESCENA XIV

DICHAS, DON BENIGNO

D. BENIG. Ya estoy aquí de vuelta. ¿Se le puede ver?
PORT. Sí, señor; pase usted si gusta. (Abriendo la mampara.) ¿Hay permiso?
D.ª VIC. Adelante.
PORT. (A don Benigno.) Están la señora y la hija.
D. BENIG. No las conozco; pero no importa. Señoras...
D.ª VIC. Caballero... (1)
D. BENIG. ¿Es la señora de González á quien tengo el gusto de saludar?
D.ª VIC. Servidora de usted.
D. BENIG. Muy señora mía.
D.ª VIC Usted dirá...
D. BENIG. ¿A que no saben ustedes á qué vengo?
D.ª VIC. Nosotras... no...
D. BENIG. Pues vengo á pegar un pellizco al señor Gobernador.
ANG. (Retrocediendo.) ¿Eh?
D.ª VIC. ¡Cómo!
D. BENIG. (Riendo.) Tranquilícese usted, señora; soy íntimo amigo de su esposo.
D.ª VIC. ¡Ah! Tome usted asiento. (¿Quién será este señor tan bromista?) (Se sientan los tres.)

---

(1) Portero.—Don Benigno.—Doña Vicenta.—Angustias.

D. BENIG. Muchas gracias. Su esposo de usted, señora mía, me tiene verdaderamente disgustado.

D.ª VIC. ¿Sí? ¿Por qué?

D. BENIG. Porque ha debido escribirme anunciándome su salida para aquí. Yo hubiera bajado anoche á esperar á ustedes á la estación... digo, anoche no hubiera podido; estuve de parto hasta las tres de la mañana.

D.ª VIC. ¿Eh? (Asustada.)

D. BENIG. Soy médico, señora.

D.ª VIC. ¡Ah!

D. BENIG. Sí, Juan les habrá hablado de mí muchísimas veces. Benigno Mochales, servidor de ustedes.

D.ª VIC. ¡Ah! Sí; Mochales... sí; mucho, mucho le hemos oído hablar de Mochales... (No sé quién es.)

ANG. (Ni yo tampoco.)

D. BENIG. Pues, sí; me tiene muy ofendido.

D.ª VIC. Debe usted dispensar el que no le haya escrito. Nuestro viaje ha sido precipitadísimo. Este nombramiento nos cogió tan de sorpresa...

D. BENIG. Y á mí también. Como le había oído decir á Juan que no ambicionaba esta clase de destinos...

D.ª VIC. Es verdad; él ha sido siempre demasiado modesto.

D. BENIG. Muy modesto y muy bueno. Juan vale mucho, señora, vale mucho.

D.ª VIC. Gracias.

D. BENIG. Y yo le quiero como si fuera de mi familia. Cuando me lo encontré en Madrid hace tres años, después de quince que no nos veíamos, estuvo conmigo muy obsequioso. Sentí no tener entonces el gusto de conocer á ustedes; pero me dijo que se hallaban veraneando.

D.ª VIC. ¿Veraneando? Sí, señor; sí. (Se lo diría porque no viese la casa.) (Aparte á Angustias.)

ANG. (Eso debió de ser.) (Ha entrado el Ordenanza, que habla en voz baja con el Portero, á quien entrega un lío de ropa envuelto en nna percalina negra, de manera que no se vea lo que contiene. Vase el Ordenanza; el Portero abre la mampara.)

PORT. Señora...

D.ª VIC. ¿Qué hay?

PORT. Esto que acaban de traer para el señor Gobernador.

D.ª VIC. Llévelo usted allá dentro.

PORT. Con permiso de usía. (Vase por la puerta segunda izquierda, y vuelve luego á salir yéndose á la Portería.)

D. BENIG. Y ¿qué tal? ¿Cómo anda ahora Juan de salud?

D.ª VIC. Perfectamente.

D. BENIG. Cuando nos vimos en Madrid me dijo que padecía mucha debilidad de estómago.

D.ª VIC. (¡Pobrecito!) Sí, señor; entonces sí padecía debilidad.

D. BENIG. Creo que comía muy poco.

D.ª VIC. Muy poco, sí, señor; pero ahora come muy bien; comemos muy bien todos.

D. BENIG. ¡Vaya con Juanito! Qué ganas tengo de darle un abrazo.

D.ª VIC. (Levantándose.) ¿Quiere usted pasar? En su despacho está.

D. BENIG. ¿En asuntos del servicio?

D.ª VIC. Sí, señor; acaba de recibir un telegrama muy importante del Ministerio.

D. BENIG. ¡Ah! Entonces, no; no quiero interrumpirle. Esperaré. Así como así, no tengo prisa hasta dentro de un par de horas.

D.ª VIC. Como usted guste.

D. BENIG. Vamos á ver; se me ocurre una idea. ¿Ustedes han almorzado ya?

D.ª VIC. No, señor.

D. BENIG. Pues me convido. (Yendo á coger su sombrero, que ha dejado sobre una de las sillas de la derecha.)

D.ª VIC. (Aparte á Angustias.) (¡Qué franco es este caballero!)

D. BENIG. Vamos á preparar á Juan una gran sorpresa.

D.ª VIC. Usted dirá.

D. BENIG. Mande usted que pongan en la mesa un cubierto más, y cuando Juan, sentado ya y dispuesto á almorzar tranquilamente, pregunte para quién es aquel cubierto, yo, que estoy metido debajo de la mesa, le pego un pellizco en una pantorrilla; da un salto; me

presento y *¡tableau!* ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué les parece á ustedes? (Riendo.)

D.ª VIC. (Riendo también como por cortesía.) Que tiene usted un humor excelente.

ANG. (Y mucha afición á dar pellizcos.) (Voces dentro de don Juan y Álvaro.)

D.ª VIC. Ya creo que sale.

D. BENIG. Pues, nada, nada; á escape al comedor. Verán ustedes cómo nos reimos. (Al ver que Angustias se queda.) Niña: no diga usted nada á su papá.

ANG. Vaya usted descuidado.

D. BENIG. Pase usted, señora.

D.ª VIC. (¡Qué extravagante es este caballero!)

D. BENIG. (Ni una palabra.) (Á Angustias desde la puerta. Vanse primera izquierda.)

ESCENA XV

ANGUSTIAS, ÁLVARO, luego EMPLEADO 1.º por el foro izquierda.

ANG. Se conoce que tiene mucha confianza con mi papá.

ALV. (Saliendo con un paquete de cartas por el foro izquierda.) ¿Que me entere de todas estas cartas? ¿Y qué me importan á mí todas estas cartas? (Viendo á Angustias.) ¡Ah! ¡Tú aquí!

ANG. Sí, señor; aquí estoy y muy incomodada contigo.

ALV. ¿Sí? ¿Por qué?

ANG. Porqne desde que eres secretario particular de mi papá no te acuerdas para nada de tu novia.

ALV. Tienes razón; pero la política me trae muy preocupado; no lo extrañes, Angustias.

ANG. ¡Angustias! Antes nunca me llamabas por mi nombre; siempre me decías: sol, lucero, estrella...

ALV. Es que ahora lo veo todo muy nublado.

ANG. ¿Por qué?

ALV. Por... por nada. La política, hija, la política.

EMP. 1.º (Saliendo.) Descuide usía, que se reunirán todos los datos inmediatamente. (Como despi-

diéndose de don Juan) (A Alvaro.) Servidor de usted. (A Angustias.) A los piés de usted, señorita. (¡Valiente Gobernador nos ha caído! No sabe una palabra de lo que trae entre manos. Y es de los que no apean el tratamiento ni á su padre.) (Ha pasado á la portería, y cuando va á entrar por la puerta del foro, se presenta el Guardia 1.º—Alvaro y Angustias hablan aparte en voz baja cariñosamente.)

GUAR. 1.º (Muy emocionado.) ¡Señor de Miranda!... ¡señor de Miranda!...

EMP. 1.º ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

GUAR. 1.º Que ya se armó.

EMP. 1.º ¿Qué?

GUAR. 1.º El jaleo.

EMP. 1.º ¿Qué jaleo?

GUAR. 1.º El de las verduleras.

EMP. 1.º Me lo estaba temiendo. Hay que dar parte al señor Gobernador.

GUAR. 1.º A eso vengo.

EMP. 1.º Pase usted conmigo. (Pasan Empleado 1.º y Guardia 1.º á la antesala. Al abrir la mampara, Alvaro está dando un beso en la mano á Angustias.

ANG. ¡Ay!

ALV. ¿Eh? (Volviendo la cabeza hacia la mampara.)

EMP. 1.º ¡Ah! (Se presenta don Juan.) Señor Gobernador...

D. JUAN ¿Qué hay? (1)

EMP. 1.º Una alteración del orden público.

D. JUAN (¡Caracoles!)

ANG. (¡Ay, Dios mío!)

ALV. (¡Canastos!)

EMP. 1.º Este Guardia viene á dar parte de que se han amotinado las verduleras.

D. JUAN ¡Ah! Vamos... cosas de mujeres.

GUAR. 1.º Con perdón de usía. Sí son mujeres; pero, no son mujeres.

D. JUAN ¡Cómo!...

GUAR. 1.º Son fieras. Han hecho astillas los puestos del mercado; han desobedecido á la fuerza municipal; han insultado al señor alcalde, y empiezan á formar barricadas con las verduras, con los cestos y demás comestibles.

---

(1) Guardia 1.º—Empleado 1.º—Don Juan.—Angustias.—Alvaro.

D. JUAN ¿Y qué es lo que piden?

GUAR. 1.° Pedir no piden nada; no hacen más que gritar: «¡Viva la plaza de las hortalizas! ¡Abajo el mercado nuevo! ¡Muera el contratista! ¡Abajo las autoridades!» Y otras cosas muy feas, que no me atrevo á repetir delante de usía.

D. JUAN ¡Hola, hola! Parece que el tumulto tiene cierta importancia.

EMP. 1.° Sí, señor; y puede traer consecuencias muy graves. Es preciso dominarlo á toda costa.

D. JUAN Pero, ¿cuál es la causa de ese alboroto?

EMP. 1.° Que las vendedoras vienen negándose hace días á pagar al contratista del mercado nuevo las cuotas estipuladas en el contrato.

GUAR. 1.° El señor alcalde ha tenido que retirarse entre los silbidos de aquellas sin vergüenzas... (Empleado 1.° mira con severidad al Guardia.) con perdón de usía.

D. JUAN ¡Demonio... demonio!... ¿Y qué hacemos? ¿Usted qué opina?

EMP. 1.° Pues, yo creo que lo indicado es que usía vaya inmediatamente allá, para ver si con su autoridad logra resolver el conflicto.

D. JUAN ¡Yo!...

ANG. ¡Ay! No, papá; no vayas, por Dios.

D. JUAN ¡Yo!... La verdad, no sé... no sé qué hacer.

ANG. (Corro á decir á mamá lo que sucede. (Vase rápida por la primera izquierda.)

D. JUAN Decididamente... no voy. Yo me conozco. Tengo un caracter atroz, y sería capaz... hasta de mandar una carga de caballería.

EMP. 1.° (Respetuosamente.) Pues yo, en el caso del señor Gobernador, iría sin dudar un momento.

D. JUAN ¡Ah!¿ Conque usted en mi caso, iría?

EMP. 1.° Sí, señor.

D. JUAN Bueno, pues... vaya usted.

EMP. 1.° Si usía me lo ordena...

D. JUAN Por ordenado. Vaya usted y arregle el asunto como mejor le parezca.

ALV. (Que ha estado pensativo y se resuelve de pronto.) Yo le acompaño á usted (1).

---

(1) Guardia 1.°—Empleado 1.°—Álvaro.—Don Juan.

D. JUAN Me parece muy bien. Los secretarios particulares son para estos casos particulares.

ALV. Dice usted que la cuestión es con el contratista del mercado, ¿eh? (Al Empleado 1.º)

EMP. 1.º Sí, señor.

ALV. Y ese contratista, ¿será hombre de posición, de dinero?

EMP. 1.º Muy rico.

ALV. ¿Sí? Pues vamos allá. Yo le obligaré á transigir con las verduleras. (Con energía.) (Le saco unos miles de reales y resuelvo el conflicto.) Andando, andando.

D. JUAN Mucha entereza, ¿eh? Mucha entereza.

ALV. Descuide usted, señor Gobernador.

D. Juan Con las autoridades no se juega.

ALV. (No se juega, pero debería jugarse. Eso nos valdría dinero.) Hasta después.

D. JUAN Vayan ustedes con Dios.

EMP. 1.º (¡Pero qué gobernadores nos envían! ¡Qué gobernadores! (Vanse á la calle Empleado 1.º, Alvaro y Guardia 1.º)

ESCENA XVII

DON JUAN.—Luego DOÑA VICENTA y ANGUSTIAS, que salen por la primera izquierda

D. JUAN ¡Cuando yo digo que este cargo es superior á mis fuerzas!

D.ª VIC. ¿Qué es eso? ¿Estas aquí?

D. JUAN Aquí estoy.

ANG. Has hecho muy bien en no ir, papá. (1)

D.ª VIC. Has hecho muy mal; y vas á ir inmediatamente.

D. Juan Pero, mujer...

D.ª VIC. No hay pero que valga.

D. JUAN Si han ido ya el oficial primero y mi secretario.

ANG. ¿Alvarito? ¡Ay, Dios mío!

D. JUAN Sí, pero no temas. A él no le pasará nada.

D.ª VIC. Ni á tí tampoco. (Desde aquí hasta el fin de la

(1) Angustias.—Don Juan.—Doña Vicenta.

escena muy rápido y con creciente energía.) Y aunque te pasara; para eso eres Gobernador. ¿Qué dirán en este pueblo? ¿Qué pensarán en la provincia? ¿Qué opinión formará de tí el Ministerio? Estas son las ocasiones en que un hombre público demuestra sus condiciones de mando, de caracter y de autoridad. Yendo allá, y haciendo algo gordo, puedes dar lugar á que hablen de tí en las Cortes, á que los de oposición te insulten y á que el ministro de la Gobernación te defienda. Demasiado sabes que los ministros defienden siempre á los gobernadores, por muchas barbaridades que hagan.

D. JUAN Eso es verdad, pero...

D.ª VIC. Te vas ahora mismo.

D. Juan Pero así... no me conocerán... Van á tomarme por un cualquiera.

D.ª VIC. Ponte el fajín... ¡Todavía no te lo has puesto! ¡Parece mentira! Un Gobernador no debe quitarse el fajín ni para acostarse.

D. JUAN Bueno, mujer, bueno; me has convencido. Iré, y suceda lo que Dios disponga. (Entre las verduleras y mi mujer, no cabe duda; prefiero las verduleras.) (Vase por la segunda izquierda. Suena el timbre dentro y el Portero coloca otro azucarillo y un vaso de agua en una bandeja y se va por el foro derecha, dejando la portería sola.)

ESCENA XVIII

DOÑA VICENTA y ANGUSTIAS

ANG. Pero, mamá, ¿y si le sucede alguna desgracia?

D.ª VIC. (Todavía muy nerviosa y agitada.) La mayor desgracia que puede pasarle es que le quiten el destino.

ANG. ¿Y ese caballero, que estará esperando á papá?

D.ª VIC. Déjale que aguarde. Lo primero es lo primero. (Se pasea agitadamente de un extremo á otro de la escena.)

ESCENA XIX

DICHAS.—EL SEÑOR GONZÁLEZ, por la puerta derecha de la portería.

SR. GON. (Deteniéndose sorprendido.) ¡Eh!... ¡No hay nadie en la portería! ¡Está bien servido esto! (Leyendo los rótulos.) «Oficinas del Gobierno civil. —Habitaciones del señor Gobernador.»— Estas son mis habitaciones. Adelante, y veremos cómo me recibe el pseudo Gobernador, mi otro yo. (Abre la mampara y entra.) ¡Ah! ¡Unas señoras!...

D.ª VIC. Caballero, ¿á quién busca usted?

SR. GON. Busco á... al Sr. González.

D.ª VIC, (Con impertinencia.) Al señor Gobernador.

SR. GON. (Sonriéndose.) Bueno, á ese.

D.ª VIC. Pues no está visible.

SR. GON. ¿Son ustedes de la familia?

D.ª VIC. Soy su esposa; y esta señorita es mi hija.

SR. GON. Muy señoras mías. (Deja sobre la mesa del centro el sombrero y después los guantes, que se quita mientras habla.)

D.ª VIC. (Aparte á Angustias.) (¡Qué confianza!) ¿Es usted amigo de mi esposo?

SR. GON. No tengo el gusto de conocerle, ni él me conoce á mí tampoco; pero á eso vengo, á que me conozca.

D.ª VIC. ¿Y quién es usted?

SR. GON. Pues yo... soy... ¡Ah, señora!... Si usted supiera quién soy yo...

D.ª VIC. Caballero; me sorprende...

SR. GON. ¡Ya lo creo que se sorprenderá usted!

D.ª VIC. Tengo tratamiento.

SR. GON. (Conteniendo la risa que le retoza.) ¡Ah! Es verdad. Perdone usía.

D.ª VIC. ¿De qué se ríe usted?

SR. GON. (Con gran finura y cortesía, como debe hacer toda la escena.) De lo en serio que ha tomado... usía el gobierno de la provincia.

D.ª VIC. (Algo descompuesta.) Caballero; va usted á obligarme...

ANG. ¡Por Dios, mamá!

SR. GON. Calmese usía, es decir, cálmese usted; porque no hay tal usía.

D.ª VIC. (Casi furiosa.) ¿Qué dice este hombre?...

SR. GON. Digo, señora, que haga usted el favor de llamar á su esposo, para que nos entendamos.

D.ª VIC. El le contestará á usted como se merece. (Yendo á la segunda puerta derecha.) Juan... Juan..

ESCENA XX

DICHOS, DON BENIGNO, después DON JUAN

D. BENIG. ¡Juanito, (Yendo á abrazarle.)

SR. GON. ¡Don Benigno!... ¿Usted aquí?... (1)

ANG. (¡Eh!)

D.ª VIC. (¿Qué es esto?)

D. BENIG. Un cuarto de hora me has tenido esperándote en cuclillas, debajo de la mesa.

SR. GON. ¿Qué dice usted?

D. BENIG. Era una broma que te había preparado con tu mujer y con tu hija.

D.ª VIC. (¡Qué sospecha tan horrible!)

SR. GON. ¡Mi mujer!... ¡Mi hija!...

D. BENIG. ¿No es verdad, señoras?

SR. GON. Ni esta señorita es mi hija, ni esta señora es mi mujer.

D. BENIG. ¿Que no?

D.ª VIC. (¡Ay! ¡Virgen de Atocha!)

D. BENIG. ¿No me dijo usted antes que era la esposa del Gobernador?

D.ª VIC. Sí, señor; pero...

D. BENIG. ¿Y no eres tú el Gobernador?

SR. GON. Claro que lo soy.

D.ª VIC. ¿Usted Gobernador?... Pero, entonces, ¿qué es mi marido?

SR. GON. Su marido de usted es un infeliz, que está equivocado. Es otro Juan González y Pérez que, por un error, ha tomado como suya mi credencial para este cargo.

D.ª VIC. (Volviendo á la puerta segunda.) Juan!... Juan...!

ANG. ¡Papá! ¡Papá!

---

(1) González.—Don Benigno.—Doña Vicenta.—Angustias.

D. JUAN (Presentándose con el uniforme de Gobernador, el sombrero puesto y el bastón en la mano.) Aquí me tenéis.

SR. GON. (¡Con uniforme y todo!) (1).

D.ª VIC. (Abrazándole.) ¡Ay, Juan de mi corazón!...

ANG. (Idém.) ¡Ay, papá de mi alma!

D. JUAN (¡Qué emoción les ha producido el uniforme!) Calmaos, calmaos y dejadme, que voy á dominar el conflicto.

D.ª VIC. ¡No es mal conflicto el que tenemos aquí! (Entra el Portero en la portería y se sienta.)

D. JUAN ¡Cómo!... ¡Ah!... Señores...

D.ª VIC. Este caballero es el Gobernador.

D. JUAN ¡Ah! ¡Un compañero!... Tengo tanto gusto... (Se dirige á Don Benigno y éste le indica que es González. Entonces da la mano á éste.) ¿Y en qué provincia manda usté?

SR. GON. En esta.

D. JUAN ¡Eh!

D.ª VIC. Sí; en esta, Juan, en esta. (2).

D. JUAN (Aterrado.) Pero, ¿qué? ¿Ya me han dejado cesante?

SR. GON. No, señor.

D. JUAN ¡Ah! (Estrechándole con alegría la mano, que no ha soltado aún, ni deja hasta que se indique.)

ANG. No, papá.

D.ª VIC. No, esposo-mío...

D. JUAN Entonces...

D.ª VIC. El señor se llama Juan, como tú...

D. JUAN ¡Ah! (Como antes.)

ANG. Y González, como tú...

D.ª VIC. ¡Y Pérez, como tú! (Don Juan parece empezar á comprender lo que sucede y estrecha la mano de González con menos efusión.)

SR. GON. Y en Madrid vivíamos en la misma casa: usted en el tercero y yo en el principal.

D. JUAN (Sin soltar la mano de González, pero dejando caer la suya lánguidamente.) ¡Ay, Dios mío de mi alma! (Se desmaya. Le dejan sobre la silla, rodeándole todos.)

---

(1) González.—Don Benigno.—Doña Vicenta.—Don Juan.—Angustias.

(2) Don Benigno.—González.—Don Juan.—Doña Vicenta.—Angustias.

D.ª VIC. ¡Juan!...

ANG. ¡Papá!...

D.ª VIC. ¡Juan!...

PORT. ¿Qué pasará ahí dentro? (Acercándose á la mampara en el momento que Angustias la abre, dándole con ella un golpe.

ANG. Agua... pronto... un vaso de agua...

D. BENIG. No hay cuidado, que aquí estoy yo. (Se acerca á pulsar á Don Juan.)

SR. GON. ¡Pobre hombre!

PORT. ¿Qué será esto? (Coge el vaso de agua y entra en la antesala.)

D. BENIG. Desabrocharle... desabrocharle... El uniforme le oprime demasiado.

D.ª VIC. ¡Ya lo creo que le oprime! (Desabrochándole la casaca.)

PORT. ¿Se ha puesto malo el señor gobernador? (1).

ANG. Traiga usted, traiga usted. (Le coge el vaso de agua y hace beber á Don Juan.)

D. JUAN (Suspirando.) ¡Ay!

D. BENIG. Ya pasó esto.

D. JUAN ¿Dónde estoy?

D.ª VIC. Donde no debíamos estar.

PORT. (Á Doña Vicenta.) ¿Quiere usía alguna otra cosa?

D.ª VIC. ¡Vaya usted enhoramala!

PORT. ¿Qué habrá pasado aquí? (Sale á la portería; deja el vaso, y se pone á escuchar detrás de la mampara.)

D. JUAN ¡Ay, esposa de mi vida!... ¡Ay, hija de mi corazón!... ¡Ay, gobernador de esta provincia!... (Levantándose y abrazando equivocadamente á los personajes, según los nombra.)

D.ª VIC. (Llorando.) ¡Adiós mis ilusiones!

PORT. ¿Eh?...

D. JUAN ¡Y yo que de buena fe me había creído Gobernador!

PORT. ¿Qué es lo que dice?

D. JUAN Ahora sí que ya no me colocan nunca. Pensará su excelencia que esto ha sido un timo.

SR. GON. Tranquilícese usted. El Ministro y yo comprendimos en seguida el error que, por cierto, nos hizo muchísima gracia. (A Don Benigno.)

---

(1) González.—Don Benigno.—Don Juan.—Doña Vicenta.—Angustias.—Portero.

D. BENIG. Como que la tiene (1).

D. JUAN Pues á mí no me hace ninguna.

PORT. ¡No es el Gobernador! Voy á enterar á los empleados. (Vase por el foro.)

D. JUAN ¿Y ahora qué hacemos? ¿A dónde vamos?

SR. GON. Esta misma noche á Madrid, donde le espera á usted una credencial de catorce mil reales.

D. JUAN (Alegrísimo.) ¿Es de veras? Ese es el destino que me corresponde.

D.ª VIC. (Pero no tiene usía.)

D. JUAN Lo malo es que aquí nos hemos puesto en ridículo. ¿Qué dirá de nosotros *El Grito de los Contribuyentes*?

D.ª VIC. (Con violencia.) La culpa de lo que sucede la tienes tú, por haber cogido aquel pliego que no te pertenecía.

D. JUAN Pero ¡mujer!...

SR. GON. Señora: no tiene nada de particular. A este caballero le ocurrió con la credencial, lo que á mí con aquella carta de Sevilla, que era para usted.

D. JUAN ¿Qué carta?

D.ª VIC. *¿Cuála?*

SR. GON. La que yo mismo subí á entregar á casa de ustedes, y en la que le daban tan malos informes de no sé qué pintor.

D.ª VIC. ¡Cómo!...

ANG. ¿Qué dice usted?...

D. JUAN ¿Malos informes?...

SR. GON. Malísimos. Pero ¿no ha leído usted la carta?

D. JUAN No, señor; ni ha llegado á mis manos.

SR. GON. Pues yo se la entregué á un joven que me recibió en casa de ustedes y que me dijo que era como de la familia.

D.ª VIC. ¡Alvarito!

SR. GON. ¿Quién?

D. JUAN ¡El propio interesado!

D.ª VIC. ¡El pintor!

ANG. ¡Mi novio! (Llorando.)

D. JUAN ¡Mi secretario particular! Lo mato, lo mato

---

(1) Portero.—Don Benigno.—Señor González.—Don Juan.—Doña Vicenta.—Angustias.

en cuanto vuelva por aquí. (Esta frase debe coincidir con la primera que dice Alvaro inmediatamente después.)

ESCENA XXI

DICHOS, ÁLVARO, que entra precipitadamente, con el ojo izquierdo vendado con un pañuelo blanco. Luego los EMPLEADOS y el PORTERO por el foro de la portería.

ALV. (Que entra por la derecha y figura que habla con alguien que está fuera.) Gracias, muchas gracias. Aquí me pondrán un poco de árnica. (¡Me he lucido! Yo iba buscando dinero, y sólo he encontrado un patatazo.) (Abre la mampara y pasa á la antesala. En este momento aparecen por el foro el Portero y los Empleados, que avanzan sigilosamente á escuchar cerca de la mampara.) Señor Gobernador, señor Gobernador...

D. JUAN (Ya está aquí.) Venga usted acá, desgraciado, venga usted acá (1).

ALV. No se apure usted; si esto no es nada: una ligera contusión. El conflicto está dominado.

D. JUAN ¿Sí, eh?

ALV. Es natural. En cuanto yo tomé cartas en el asunto.

D. JUAN ¿Conque cartas? Eso es lo que sabe usted hacer.

ALV. ¡Cómo!...

D. JUAN Tomar cartas que no le pertenecen, y guardárselas para que yo no las lea.

ALV. ¡Señor Gobernador!

D. JUAN Aquí no hay más Gobernador que este caballero. (Presentando al señor González.)

ALV. (¡María Santísima!) (Va á escapar, y don Juan cogiéndole por un brazo le detiene.)

D. JUAN ¡Es usted un pillo!

D.ª VIC. ¡Un pintamonas!

---

(1) Empleados y Portero.—Don Benigno.—Señor González.—Alvaro.—Don Juan.—Doña Vicenta.—Angustias.

ANG. ¡Un infame!

ALV. Yo... señores...

D. JUAN Ha abusado usted indignamente de mi confianza.

D.ª VIC. Y de la mía.

ANG. Y de la mía.

SR. GON. Basta, señores (1). (A Alvaro.) Retírese usted, si no quiere que yo también tome cartas en este asunto.

ALV. Sí, señor; me retiro inmediatamente. Soy un servidor de usía.

D. JUAN (Amenazándole.) Como vuelva usted á llamarme usía...

ALV. (Por el señor González.) No; si es al señor.

D. JUAN ¡Ah! ¡Vamos! ..

ALV. Queden ustedes con Dios. (Para salir empuja la mampara, tras de la cual queda oculto el grupo de Empleados, y vuelve á cerrarse. Ya en la portería, dice:) ¡Todo se ha perdido! Todo se ha perdido... menos el terno. (Al salir tropieza con el Empleado 1.º) Usted dispense. (Vase.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, EMPLEADO 1.º

EMP. 1.º ¿A dónde va usted? ¿A dónde va ese hombre? ¿Qué hacen ustedes aquí?

EMP. 2.º } Chist... Silencio... Oiga usted, oiga usted.
EMP. 3.º } (Forman todos con el Empleado 1.º un grupo que escucha junto á la mampara formando cuadro.)

D. JUAN (Al público.)

Avergonzado y corrido
suplica vuestro favor,
el favor que aquí ha perdido,
quien tan poco tiempo ha sido
EL SEÑOR GOBERNADOR.

TELÓN

---

(1) Empleados y Portero.—Don Benigno.—Alvaro.—Señor González.—Doña Vicenta.—Angustias.

ADVERTENCIAS Á LOS DIRECTORES DE ESCENA

1.ª Es *indispensable* el *uniforme completo* de Gobernador, aunque se haga, como es natural, con la posible economía. El reputado sastre Sr. Tormo lo ha hecho muy barato y muy bien.

2.ª El uniforme de *Portero* consiste en pantalón negro y levita negra con galón dorado en la bocamanga y en el cuello.

3.ª El de *Ordenanza* lo componen pantalón, chaqueta y chaleco de paño azul oscuro con vivos rojos y botones dorados. Gorra con galoncito y escudo.

4.ª La *Portería* del Gobierno debe ocupar un tercio del escenario, y los dos restantes el saloncito ó antesala, debiendo acercarse todo lo posible al proscenio el muro divisorio de ambas habitaciones.

5.ª *Don Benigno* es un viejecillo de sesenta y tantos años; afeitado por completo, limpio, simpático, casi desdentado y que habla con marcado acento andaluz. Viste pantalón, chaleco y levita negros, y gabán de invierno de medio color.

6.ª Aunque los papeles de *Guardia 1.º*, *Don Benigno* y *Sastre* los ha estrenado el Sr. Ruiz de Arana, pueden repartirse á tres ó á dos actores, según lo permita el personal de la compañía, cuando no haya un actor de condiciones especiales para interpretar los tres.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

(EN COLABORACIÓN)

LA VIUDA DEL ZURRADOR, parodia en un acto y en verso.
PERIQUITO, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.
LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.
¡ADIOS, MADRID!, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.
DE TIROS LARGOS, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.
LA PRIMERA CURA, comedia en tres actos y en verso, original
LA PRIMERA CURA, refundida en dos actos.
LA CALANDRIA, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí.
EL HIJO DE LA NIEVE, novela cómico-dramática, en tres actos en prosa y verso, original.
ROBO EN DESPOBLADO, comedia de gracioso, en dos actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)
LA ALMONEDA DEL 3.°, comedia en dos actos y en prosa, original.
CORO DE SEÑORAS, pasillo cómico lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto.
LOS LOBOS MARINOS, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí.
EL PADRÓN MUNICIPAL, juguete cómico en dos actos y en prosa, original.
EL SEÑOR GOBERNADOR, comedia en dos actos y en prosa, original.

3 0112 115873983

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracion.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.